

GUYAU

Parábolas

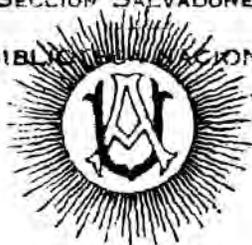
OBRA FORMADA POR --
JUAN RAMON URIARTE

.....la Verdad ha hablado a los hombres
por medio de parábolas.—LAFONTAINE,
prefacio de las *Fábulas*.

.....un capítulo de GUYAU vale más que
todas las Retóricas y Poéticas.—VAZ-FE-
RREIRA, *Ideas y Observaciones*.

SECCION SALVADOREÑA

BIBLIOTECA NACIONAL



EDITORIAL ZENITH

DIRECTORES:

JUAN RAMÓN URIARTE
JULIO ENRIQUE AVILA

ADMINISTRADOR:

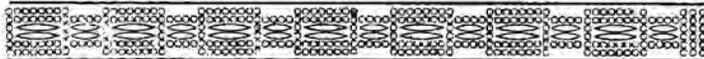
MIGUEL ANGEL ESPINO

SAN SALVADOR
EL SALVADOR, C. A.

TIP. LA UNIÓN

1922

Estas parábolas han sido desprendidas de las obras morales de Guyau: "Esbozo de una Moral sin sanción ni obligación", y "La Irreligión del Porvenir." El orden en que las hemos reunido aquí, es el que tienen en las páginas de los libros citados.—J. R. U.



EN Montevideo, va para una década. Era una noche de rachas húmedas. Visitaba yo a mi iluminado y luminoso maestro Vaz-Ferreira, en su quinta, lejos de la ciudad maravillosa. Como el sabio maestro, en el elogio que yo tributara a la cultura uruguaya, notase un matiz de cordial curiosidad, me refirió cómo los intelectuales de su generación (Rodó, Reyles, Herrera y Reissig, Pérez Petit, Florencio Sánchez, etc.) habían sido fecundados por el pensamiento y por el alma de GUYAU. Fue así, en breves palabras, cómo se realizó aquella fecundación espiritual:

Samuel Blixen, el periodista más hondo, más hábil y más humanamente humorista del Plata, fue nombrado profesor de Literatura en la Universidad Secundaria de Montevideo. Lo primero que hizo fue proscribir de su clase el texto de retórica y poética, y poner, en su lugar—¡y en francés!—el *Arte desde el punto de vista sociológico*, que él leía, expresiva, simpática y críticamente y que hacía leer extra-aula a sus alumnos. No podía ser más antipedagógica la sustitución. Pero los resultados fueron egregios y fe-

cundos: lo que es ahora intelectualmente el Uruguay en parte máxima.

Más o menos, son los frutos que han brindado las ideas de Guyau cuando algún devoto suyo las ha depositado amorosamente en los cerebros jóvenes.

Juan María Guyau es filósofo en sus sencillos versos de ritmo en que se funden la armonía de su mundo interno con la del cosmos exterior, y es poeta en su moral audaz, revolucionaria y buena y en su filosofía de vida intensa y expansiva. Su vida fecunda y breve—murió a los treinta y tres años de edad, dejando una docena de obras maestras en su género—es la expresión más leal y hermosa de sus ideas y ensueños que aún marchan y vuelan triunfadores por el mundo.

Incansable propagandista de Guyau—en la cátedra y en la prensa—creo hacer cultura alta y palingenénita desprendiendo de las obras morales del joven filósofo francés, estas parábolas a fin de formar un evangelio normativo dedicado a las juventudes de Centro América. Después, quizás intente hacer lo mismo con sus libros sobre arte y crítica literaria.

Si los lectores de estas bellísimas páginas simpatizan con el autor y buscan y leen meditativamente sus obras, me sentiré feliz y recompensado, porque he contribuido a agrupar almas y cerebros en torno de nuestro ideal: hacia una vida más alta y hacia una mayor justicia.

Juan Ramón Uriarte.

San Salvador, 1922.

Guyau juzgado por Hoffding

Guyau es un ejemplo de madurez precoz. Apenas tenía veintidós años de edad (1) (había nacido en 1854), cuando obtuvo de la Academia de Ciencias un premio por una historia de la moral utilitaria, desde Epicuro hasta nuestros días. Consagró principalmente sus primeros estudios a Platón y a Kant, y al mismo tiempo sufrió una influencia poderosa de su suegro Fouillée (2). Su maravilloso talento de exposición y su penetrante energía crítica atrajeron la atención sobre su trabajo, y hasta le hicieron obtener la aprobación de hombres que había criticado duramente. Spencer, por ejemplo (3). Durante el curso de sus estudios se aproximó un poco más a las doctrinas que había combatido, y alguna vez le

(1) Dieciocho, pues en 1873 presentó Guyau a la Academia de Ciencias Morales su memoria—premiada un año después—que tenía por objeto la Historia y la Crítica de la Moral Utilitaria. Esta obra, que constaba entonces de mil trecientas páginas en cuarto y que elogiaba en alto grado Caro en su rapport presentado a la Academia, se publicó después en dos volúmenes, notablemente aumentados: uno con el título de La Moral de Epicuro y sus relaciones con las doctrinas contemporáneas y otro, con el de La Moral Inglesa Contemporánea—Moral de la utilidad y de la evolución.

(2) Alfredo Fouillée, no fue suegro de Guyau, sino su padrastro. Fouillée en una obra notable, La Moral, el Arte y la Religión según Guyau, ha hecho la exposición y la crítica de quien fue su discípulo querido y maestro a última hora.

(3) Según Pollock, como según Spencer, no existe en ninguna parte, ni aun en Inglaterra, una historia tan completa, tan digna de fe, del utilitarismo inglés como la obra de Guyau.

es difícil, en sus ensayos positivos, escapar a los reproches que él mismo había dirigido a la escuela inglesa. Los problemas estéticos, morales y religiosos son los que principalmente le ocuparon. Desde su juventud, es perseguido por dudas profundas sobre la importancia de nuestros valores para la existencia, y estas dudas se expresaron, no solamente en sus escritos filosóficos, sino también en sus poesías (*Vers d'un philosophe*). Su fé platónica primitiva en la racionalidad desfallece bajo la doble influencia de la reflexión y de la tisis. Aunque más tarde haya vuelto a sostener la posibilidad del sentido ideal de la vida para mantenerse en ella, vió claramente, sin embargo, como filósofo, la dificultad del problema. En él se destaca un rasgo muy francés, en el hecho de hacerse frecuentemente armónicas la profundidad de la emoción con la claridad del pensamiento. Sabe que muchas de sus ideas y de sus esperanzas son ilusiones; pero con tal de que sean fecundas se atiene a las que pueden elevar el pensamiento y la voluntad hacia trabajos enérgicos (Veáse la poesía «Ilusión Fecunda»). En el período avanzado de su enfermedad, teniendo la muerte a la vista, quiere, sin embargo, que su último canto «La Cigarra» traduzca todo el amor que tiene a los hombres. Será difícil encontrar otro escritor que haya moñstrado, como se debe, cuánta profundidad y elevación puede tener la vida, aun considerando como ilusorios todos los dogmas. Por lo demás—prescindiendo de su enfermedad—vivió en condiciones felices. Trabajando sucesivamente como pensador y como poeta, amando y siendo amado, se aproximó a la muerte con la plena conciencia de la terminación de su enfermedad. Murió en Menton en 1888 (4). Sobre su

(4) He aquí cómo describe Fouillée la muerte del filósofo: «La víspera del 31 de marzo aquel espíritu infatigable había trabajado todavía. Dictaba algunas páginas. A la tarde, cuando se acostó, estaba aún más fatigado, más exhausto que en las noches preceden-

sepulcro se grabaron las siguientes palabras sacadas de uno de sus escritos: *

«Nuestras más grandes aspiraciones, que parecen precisamente las más vanas, son como ondas que, habiendo podido llegar hasta nosotros, irán más lejos que nosotros. Estoy segurísimo de que lo mejor que hay en mí me sobrevivirá. Sí, tal vez ninguno de mis sueños se pierda..... Otros los recogerán, los volverán a soñar después de mí, hasta que llegue un día en que se desvanezcan. A fuerza de ondas que mueren, es como el mar logra construir su playa, dibujar el lecho inmenso en que se mueve».



tes. Durante la noche, manifestaba por primera vez a los suyos que no se hacía ilusión alguna sobre su fin próximo. Decía: He luchado bien..... Y estoy contento, absolutamente contento..... Poco tiempo después, con una tranquilidad absoluta, con una serenidad como la que es el alma de su filosofía, expiraba.

PRIMERA PARTE

I

Un Sueño.

Séame permitido referir un sueño.

Cierta noche (¿era que algún ángel o serafín se había apoderado de mí, envolviéndome con sus alas, para conducirme al paraíso del Evangelio, al lado del «Creador»?), sentí que me elevaba en los cielos, dejando abajo la Tierra.

A medida que iba ascendiendo, llegaba a mí, desde la Tierra, un largo y triste rumor, semejante a la monótona canción de los torrentes oída desde lo alto de las montañas, en el silencio de las cumbres.

Pero en ese rumor distinguía voces humanas. Eran sollozos mezclados con acciones de gracias, gemidos entrecortados por bendiciones, súplicas desoladas, suspiros que exhalaban agonizantes pechos y que subían con el incienso. Y todo esto se confundía en una sola voz inmensa, en una desgarradora sinfonía que colmó mi alma de piedad. Parecióme obscurecido el cielo. Ya no vi el Sol ni la alegría del Universo. Me volví hacia mi acompañante:

—¿No oís?—le dije.

Miróme el ángel con rostro sereno y placen-

tero. Son —respondióme— las plegarias de los hombres que desde la Tierra suben hasta Dios.

Mientras hablaba, sus níveas alas brillaban a la luz del Sol. Pero a mí me parecieron negras y plenas de horror.

—¡Cómo me diluiría yo en lágrimas si fuese ese Dios!—grité.

Y en efecto, rompí a llorar como un niño.

Solté las manos del ángel, y me dejé caer sobre la Tierra, pensando que conservaba en mí demasiada bondad para poder vivir en el Cielo.

II

La Loca del Traje Nupcial.

Existía una pobre mujer cuya inocente locura era creerse desposada y en víspera de contraer matrimonio. Por la mañana, al despertar, pedía un traje blanco, una corona de azahares. Y, sonriente, se engalanaba.

—¡Es hoy cuando va a venir!—decíase.

Venida la noche apoderábase de ella honda tristeza después de la inútil espera. Entonces se quitaba el traje blanco. Más, al día siguiente, con el alba, volvía su confianza en la venida del amado.

—¡Hoy sí!—exclamaba.

Y pasaban los años en esa certidumbre siempre engañada y viva siempre, no quitándose su blanca vestidura más que para volvérsela a poner.

La Humanidad es como esta pobre mujer. Olvidadiza de toda decepción, espera uno y otro día la llegada de su ideal.

Hace probablemente cientos de siglos que repite: *¡mañana!*

Cada generación, llegada su vez, viste el albo traje.

La fe es eterna como la primavera, como las flores. Quizás exista en toda la naturaleza, al menos en la naturaleza consciente e inteligente. Acaso hace una infinidad de siglos, en alguna estrella convertida hoy en polvo esperaban al místico desposado.

La eternidad, de cualquier modo que se conciba, aparece como una decepción infinita. No importa. La fe cierra este infinito desesperante. Entre los dos abismos del pasado y el porvenir, no deja de sonreír a su ideal soñado. Canta el mismo canto de alegría y de esperanza que cree nuevo y que tantas veces se ha perdido ya sin encontrar eco. Tiende siempre sus brazos al ideal, más dulce cuanto más vago. Y vuelve a colocar sobre su frente la corona de blancas flores, sin advertir que en el transcurso de cien mil años se ha marchitado.

III

La Pirámide del Bien.

Renán ha dicho:

«En la pirámide del bien, levantada por los esfuerzos sucesivos de los seres, todas las piedras entran en cuenta. El egipcio del tiempo de Chephrem existe todavía por la piedra que ha puesto».

—¿Dónde existe? En el desierto, en medio del cual su obra se alza sin objeto, tan vana en su enormidad, como el menor de los granos de arena que constituyen su base.

«La pirámide del bien» ¿tendrá la misma suerte?

Nuestra tierra está perdida en el desierto de los cielos. Nuestra humanidad, en la tierra. Nuestra acción individual, en la humanidad.

¿Cómo unificar el esfuerzo universal? ¿Cómo

concentrar hacia un mismo fin el irradiar infinito de la vida?

Cada obra es aislada. Existe una infinidad de pirámides microscópicas, de cristalizaciones solitarias, de monumentos liliputienses que no pueden superponerse para formar un todo.

El hombre justo y el hombre injusto probablemente no pesan más el uno que el otro sobre el globo terrestre, que sigue su camino por el éter. Los particulares movimientos de su voluntad pueden repercutir sobre el conjunto de la naturaleza, tanto como es capaz de orear mi frente el aleteo de un pájaro que vuela por encima de una nube.

La célebre fórmula *ignorabimus*, puede transformarse en esta: *illudemur*.

La humanidad camina envuelta en el inviolable velo de sus ilusiones.

IV

El Océano.

Acaso no exista nada que ofrezca a la vista y al pensamiento una representación más completa y más entristecedora del mundo, como el Océano. Es, desde luego, la imagen de la fuerza en lo que ésta tiene de más feroz e indomable. Es un alarde, un lujo de poder del cual ninguna otra cosa logra dar idea. Y esto vive, se agita, se atormenta eternamente sin objeto. Se diría algunas veces que el mar está animado, que palpita y respira, que es un corazón inmenso cuya agitación, potente y tumultuosa, contemplamos. Más lo que en él desespera, es que todo este esfuerzo, toda esta vida ardiente, se gasta sin provecho. Este corazón de la Tierra late sin esperanza.

De ese choque, de ese revoltijo de olas, sale un poco de espuma que el viento deshace.

Recuerdo que un día, estando yo sentado en la arena, miraba venir hacia mí la masa movidiza de las olas. Llegaban sin interrupción desde el fondo del mar, rugientes y blancas. Por encima de la que moría a mis pies, percibía otra, y más lejos, detrás de esta, otra. Más lejos todavía, multitud de ondas. Finalmente, todo lo remoto que podía alcanzar mi vista, miraba el horizonte levantarse hacia mí. Había allí una reserva de fuerzas infinita, inagotable. ¡Qué bien sentía yo la impotencia del hombre para contener el esfuerzo de todo este Océano puesto en movimiento! Un dique podía romper una de esas olas, podía romper centenares o millares de ellas; pero ¿quién diría la última palabra sino el inmenso e infatigable mar? Y yo creía ver en esta marea creciente la imagen de la naturaleza entera asaltando a la humanidad que quiera en vano dirigir su marcha, ponerle diques, domarla. El hombre lucha con decisión, multiplica sus esfuerzos. Por momentos se cree vencedor. Es que no mira bastante lejos y no ve venir, del fondo del horizonte, las grandes olas que tarde o temprano deben destruir su obra y llevárselo a él. En este Universo en que los mundos ondulan como las olas del mar, ¿no estamos rodeados, asaltados sin cesar por la multitud de los seres?

La vida se arremolina en torno nuestro, nos envuelve, nos sumerge. Hablamos de inmortalidad, de eternidad. Pero no hay eterno más que lo que es inagotable, lo que es bastante ciego y bastante rico para dar siempre sin tasa. Trabajo con la muerte aquel que aprende por primera vez que sus fuerzas tienen un límite, que siente la necesidad de reposar, que deja caer los brazos después del trabajo. Sólo la Naturaleza es lo bastante infatigable para ser eterna.

También hablamos de un ideal, creemos que la naturaleza tiene un fin, que va a alguna parte. Es porque no la comprendemos. La tomamos por un río que corre hacia su desembocadura, a la cual llegará un día, y la naturaleza es un Océano. Darle un fin, sería reducirla, porque un fin es un término. Lo que es inmenso no tiene fin.

Se ha repetido con frecuencia, que nada existe vano. Esto es verdad en el detalle. Un grano de trigo existe para producir otros granos de trigo. No concebimos un campo que no sea fecundo. Pero la naturaleza en su totalidad no está forzada a ser fecunda. Es el gran equilibrio entre la vida y la muerte. Acaso su más alta poesía procede de su soberbia esterilidad. Un campo de trigo no vale lo que el Océano. Este no trabaja, no produce: se agita. No da la vida: la contiene. Mejor aún: la da y la retira con la misma indiferencia. Es el gran balance eterno, que mece a los seres. Cuando se mira a sus profundidades, se ve el hormigueo de la vida. No hay una sola de sus gotas que no tenga habitantes, y todos estos se hacen la guerra, unos a otros, se persiguen, se evitan, se devoran.

¿Qué importan al todo, qué importan al Océano, esos pueblos paseados al azar por sus olas amargas?

Él mismo nos da el espectáculo de una guerra, de una lucha sin tregua. Sus olas, que se deshacen, cubriendo y llevándose la más fuerte a la más débil, nos presentan en escorzo la historia de los mundos, la historia de la Tierra y de la Humanidad. Es, por decirlo así, el Universo hecho visible a nuestros ojos. Esta tempestad de las aguas, no es más que la continuación, la consecuencia de la tempestad de los aires. ¿No es la agitación de los vientos comunicada al mar? A su vez, las ondas aéreas tienen su explicación en los movimientos y las ondulaciones de la luz y el

calor. Si nuestros ojos pudiesen abarcar la inmensidad del éter, en todas partes veríamos sólo el choque atolondrador de las ondas, una lucha sin fin, porque es sin razón, una guerra de todos contra todos. Nada existe que no sea arrastrado por este torbellino. La misma Tierra, el hombre, la inteligencia humana, todo esto no puede ofrecernos algo fijo, a lo cual nos sea posible asirnos. Todo esto, es llevado por ondulaciones más lentas, pero no menos irresistibles. También ahí reina la guerra eterna y el derecho del más fuerte. A medida que reflexiono, me parece ver a ese Océano elevarse alrededor mío, invadirlo todo, llevárselo todo. Me parece que yo mismo no soy más que una de sus olas, una gota de agua; que la Tierra ha desaparecido, que el hombre ha desaparecido, y que sólo queda la Naturaleza con sus ondulaciones sin fin, sus flujos, sus reflujos, los cambios perpetuos de su superficie que ocultan su profunda y monótona uniformidad.

V

El Caso de Musset.

Sabido es lo que le aconteció a Alfredo de Musset en su juventud. El mismo caso se cuenta de Mérimée.

Un día, después de haber sido fuertemente reprendido por una travesura infantil, se retiraba muy contrito derramando abundantes lágrimas, cuando oyó, a través de la puerta, que sus padres decían:

—El pobrecito se cree muy culpable!

El pensamiento de que su falta no tenía nada de serio y que sus remordimientos eran una puerilidad, le hirió en lo más vivo. Este hecho insig-

nificante se grabó en su memoria para no borrarse nunca.

Lo mismo le ocurre hoy a la Humanidad. Si llega a imaginarse que su ideal moral es un ideal infantil, variable según el capricho de las costumbres, que el fin y la materia de una multitud de deberes son niñerías, supersticiones, será llevada a reirse de sí misma, a no poner en la acción esa seriedad sin la cual desaparece el deber absoluto. Es una de las razones por qué el sentimiento de obligación pierde en nuestros días su carácter sagrado. Le vemos aplicarse a demasiados objetos, hablar a demasiados seres indignos—quizás a los mismos animales. Esta variabilidad de los objetos del deber, prueba el error de toda moral intuicionista que pretende estar en posesión absoluta de una materia inmutable del bien. Se puede considerar esta moral, que fue adoptada en otro tiempo por Víctor Cousin, los escoceses y los ecléticos, como insostenible en el estado actual de la ciencia.

VI

La Moneda de Cinco Céntimos.

Recientemente una niña, a quien su madre había entregado una moneda de cinco céntimos para hacer una compra, fue aplastada en la calle por un vehículo.

No soltó la moneda. Al volver de su desvanecimiento, moribunda ya, abrió su crispada mano y tendió a su madre la humilde pieza, cuyo escaso valor no se figuraba, diciendo:

—No la he perdido, mamá.....!

Es una puerilidad sublime. Para esta criatura la vida tenía menos importancia que la moneda que le había sido confiada.

Pues bien, cualquiera que sea el mérito moral que un estóico o un kantiano puede descubrir en ese rasgo, será absolutamente incapaz de imitarlo, filósofo y conociendo el valor de un céntimo. La fé le faltará, acaso no la fé en su mérito posible, sino en la moneda de cinco céntimos.

Es, pues, absolutamente preciso en el mérito moral, transfigurar a sus propios ojos la *materia* de la acción meritoria, atribuirle con frecuencia un valor superior a su valor real. Es menester una comparación, no sólo entre la voluntad y la ley, sino entre el esfuerzo moral y el precio del fin que se persigue.

VII

Los Cuadros de Lorrain.

Hay en los cuadros de Claudio Lorrain perspectivas lejanas, puntos de vista que se pierden entre los árboles y dan la idea de un infinito real, un infinito de algunos centímetros cuadrados.

Hay en nosotros mismos perspectivas análogas que pueden no ser más que aparentes. En cuanto a la vida real, reposa en gran parte sobre el artificio. Y no entendemos por artificio alguna cosa opuesta a la Naturaleza. De ningún modo. Nada nos engaña mejor que ella. En ella está el gran arte, es decir, la gran mentira, la inocente conspiración de todos contra uno.

Las relaciones de los seres entre sí son una serie de ilusiones. Los ojos nos engañan, los oídos nos engañan. ¿Por qué había de ser el corazón el único que no nos engañase?

La moral que pretende formular las relaciones más complejas y múltiples que existen entre los seres, está acaso fundada también en el mayor número de errores.

· VIII

Mausoleos Vacíos.

Muchas creencias que nos cita la historia y que han inspirado sacrificios son comparables a esos soberbios mausoleos elevados en honor de un hombre. Cuando se abren esas tumbas, no se encuentra nada. Están vacías. Pero su belleza basta para justificarlas. Y al pasar se inclina uno ante ellas. No se pregunta si el desconocido difunto merecía tales honores. Se piensa en que era amado. Y ese amor es el verdadero motivo de nuestro respeto.

Así ocurre con los héroes a quienes muchas veces la fé hizo realizar grandes acciones por pequeñas causas.

Esos héroes son pródigos, sublimes. Indudablemente, sus prodigalidades han sido uno de los elementos de progreso.

IX

Ley del Binomio.

Cuando un tirador se ha ejercitado largo tiempo disparando sobre un blanco y se examinan los innumerables agujeros con que ha perforado el pedazo de cartón, se ven estos agujeros repartidos bastante uniformemente al rededor del punto central.

Acaso ninguna de las balas haya tocado el centro geométrico del círculo del blanco, y algunas se habrán alejado bastante de él. Sin embargo, se habrán acercado alrededor de ese centro siguiendo una ley muy regular. Que Quetelet ha determinado: *Ley del Binomio*.

Aún sin conocer esta ley, nadie se equivocará al simple aspecto de las perforaciones producidas por las balas. Se pondrá un dedo en el centro del lugar en que son más los agujeros, y se dirá: Hé aquí el punto del blanco en que se puso la mira.

Esta investigación del objeto apuntado por el tirador, puede compararse a la que emprende la ciencia puramente positiva de las costumbres, cuando se esfuerza en determinar el objeto ordinario de la conducta humana. ¿Cuál es el blanco constantemente apuntado por la humanidad, y que debe haberlo sido también por todos los seres vivientes, porque el hombre ya no es hoy día para la ciencia un ser aparte en el mundo, y las leyes de la vida son las mismas desde lo alto a lo bajo de la escala animal? ¿Cuál es el centro del esfuerzo universal de los seres hacia el que han sido dirigidos los golpes del gran azar de las cosas, sin que quizás ninguno de los golpes haya tocado nunca en lo justo, sin que el objeto haya sido jamás plenamente alcanzado?

X

Las Hojas de Pita.

Ni mis dolores ni mis placeres son absolutamente míos.

Las hojas espinosas de la pita, antes de desarrollarse y extenderse, permanecen largo tiempo aplicadas—unas sobre otras—como formando un solo cuerpo. Entonces las espinas de cada hoja se imprimen en su vecina. Más tarde, cuando todas estas hojas han crecido y se han separado por completo, esta marca continúa y hasta crece con la planta. Es un sello de dolor fijado para toda la vida.

Igual ocurre en nuestro corazón, donde vienen a imprimirse, desde el seno maternal, todas las alegrías y todos los dolores de la especie humana. Sobre cada uno de nosotros, haga lo que haga, este sello debe persistir.

Lo mismo que el yo es, en suma, una ilusión para la psicología contemporánea, que no hay personalidad separada, que estamos compuestos de una infinidad de seres y conciencias pequeñas o estados de conciencia, así podría decirse que el placer egoísta es una ilusión. Mi placer propio no existe sin el de los demás. Siento que toda la sociedad debe colaborar más o menos a mi placer, desde la reducida sociedad que me rodea, hasta la gran sociedad en medio de la cual vivo.

XI

En una Calera.

Un ejemplo característico de sentimiento impulsivo e irreflexivo, nos lo proporcionan unos pobres obreros de una calera de los Pirineos.

Habiendo descendido uno de ellos al horno para enterarse de no sé qué contratiempo, cayó asfixiado. Otro se precipitó a socorrerlo, y cayó igualmente. Una mujer, testigo de lo que ocurría, pidió auxilio, y acudieron otros obreros. Por tercera vez, desciende un hombre al horno incandescente, y sucumbe también. Un cuarto y un quinto se precipitan, y perecen. No quedaba más que uno. Avanza y se dispone a saltar, cuando la mujer que se hallaba presente, lo sujeta por el vestido, y, medio loca de espanto, lo retiene al borde del abismo. Un poco más tarde, presente el juez para incoar el oportuno sumario, interrogaron al superviviente sobre su irreflexi-

va abnegación, y pretendieron gravemente demostrarle la irracionalidad de su conducta. Dió esta contestación admirable: «Mis compañeros morían. *Era preciso ir allí.*»

En este ejemplo, el sentimiento de obligación moral y de solidaridad humana había perdido, en apariencia, su base racional. No era menos poderoso para llevar sucesivamente a cinco hombres al sacrificio inútil de sus vidas. No se dudará que aquí el sentimiento del deber tiene la forma de una impulsión espontánea, de un desenvolvimiento repentino de la vida interna hacia otros, más que de un respeto reflexivo a una «ley moral» abstracta y también de una busca del «placer» o de la «utilidad».

Notemos, por otra parte, que con el desarrollo de la inteligencia y de la sensibilidad humanas, es imposible descubrir la *impulsión* moral en el estado casi reflejo sin que vayan mezcladas ideas generales y generosas y hasta metafísicas.

XII

En la Plaza de los Inválidos.

Mientras haya suicidas en la humanidad, sería inexplicable que no existiesen sacrificios definitivos y sin esperanza. Sólo se puede lamentar una cosa: que la sociedad no trate de transformar lo más posible los suicidios en abnegaciones.

Recientemente, en la Plaza de los Inválidos, en el momento en que un perro rabioso iba a arrojar sobre un niño, un hombre corrió hacia el animal, lo sujetó y, rompiéndole la columna vertebral, lo tiró al Sena. Como pretendieran que el salvador del niño cuidase las mordeduras que había recibido, **escapó a la multitud,**

diciendo que quería morir «porque su mujer le había destrozado el corazón».

No debería haber otra clase de suicidios.

Se debería ofrecer siempre un cierto número de empresas peligrosas a los que están desalentados de la vida. El progreso humano necesitará, para realizarse, tantas vidas individuales, que debería velarse porque ninguna se pierda inútilmente.

XIII

Simiente de Sangre.

En ciertas comarcas, cuando el labrador quiere fecundar la tierra, emplea un medio enérgico. Toma un caballo, le abre las venas y, látigo en mano, lo lanza sobre los surcos. Corre el caballo sangrando a través del campo que se extiende bajo sus patas vacilantes. La tierra que pisa se enrojece. Cada surco bebe su parte de líquido vital. Cuando, agotado, cae el animal con el estertor de la agonía, se le fuerza a levantarse, a dar el resto de su sangre a la tierra ávida, sin guardar nada para sí. Al fin se desploma, por última vez. Se le sepulta en el campo ensangrentado. Toda su existencia, todo su ser, pasa a la tierra rejuvenecida. Esta simiente de sangre se convierte en riqueza. El campo, así nutrido, abundará en espigas, en beneficios, para el labrador.

Las cosas no pasan de otro modo en la historia de la Humanidad. La legión de los grandes infortunados, de los mártires oscuros o gloriosos, todos esos hombres, cuya propia desgracia labra el bien de otros, todos esos que han sido obligados al sacrificio o que ellos lo han buscado, fueron a través del mundo sembrando su vida, vertiendo la sangre por sus costados entreabiertos como de una fuente viva. Han fecunda-

do el porvenir. Con frecuencia se engañaron, y la causa que defendían no valía sus sacrificios. Nada más triste que vivir en vano. Pero, para quien considere los medios y no los individuos, la abnegación es uno de los más caros y poderosos resortes de la Historia.

Para hacer dar un paso a la Humanidad, ese gran cuerpo perezoso, ha sido menester, hasta ahora, una sacudida que triturasen individuos.

XIV

El Arbol Gigante de la India.

Suponed un árbol, una de cuyas ramas adquiere un desarrollo enorme y llega a echar raíces en el suelo que lo rodea, como le sucede al árbol gigante de la India. A la larga, ocultará la rama al mismo tronco. Parecerá que es ella quien lo soporta y lo hace vivir.

La vida moral e intelectual es así: una especie de retoño, una poderosa rama de la vida física. Se desarrolla hasta tal punto en el medio social, que un individuo muerto, por decirlo así, en su vida moral, parece por ello más completamente aniquilado. Es un tronco que hubiese perdido toda su fuerza y lozanía, un verdadero cadáver.

«Perder para vivir, los mismos motivos de vivir».

El verso de Juvenal es siempre cierto, aún para quien rechaza las doctrinas estoicas.

El ecéptico más despreocupado se impone todavía una determinada regla de conducta que domina su vida. La vida, en ciertos momentos, puede parecerle indigna de ser conservada por la renuncia a este último vestigio de ideal.

XV

La Mariposa Entumecida.

Un niño vió una mariposa azul posada sobre el tallo de una hierba. La mariposa estaba entumecida por el viento norte.

El niño cogió el tallo, y la flor viviente que estaba en su extremo, siempre entumecida, no se desprendió. Llevando en la mano el hallazgo echó a andar.

Un rayo de sol brilló, llegando a las alas del insecto. De pronto, reanimada y ligera, la flor azul voló por el espacio iluminado.

Todos nosotros, investigadores y trabajadores, somos como esa mariposa.

Nuestra fuerza sólo está hecha de un rayo de luz. Menos aun: de la esperanza de un rayo.

Es necesario, pues, saber aguardar. La esperanza es la fuerza que nos conduce hacia arriba y adelante.—¡Pero es una ilusión!

¿Qué sabéis vosotros? ¿Es preciso no dar un paso ante el temor de que la tierra escape a nuestros pies?

No consiste todo en mirar bien lejos al porvenir o al pasado. Hay que mirar en sí mismo, ver las fuerzas vivas que pueden ser gastadas.

Es necesario obrar.

XVI

Leviatán.

El trabajo, como alguien ha dicho, vale por la oración. Vale más que la plegaria. O más bien: es la oración verdadera, la verdadera providencia humana. Trabajemos en lugar de rezar.

No esperemos más que en nosotros mismos y en los demás hombres. Contemos con nosotros.

La esperanza, como la providencia, ve a veces más adelante (providere). La diferencia entre la providencia sobrenatural y la esperanza natural, es que la una pretende modificar inmediatamente la Naturaleza por medios sobrenaturales con ella misma, y la otra no modifica por de pronto más que a nosotros mismos. Es una fuerza que no nos es superior. Una fuerza interior. Ella es quien nos lleva adelante.

Queda por saber si vamos solos, si el mundo nos sigue, si podrá algún día el pensamiento arrastrar a la Naturaleza adelante siempre.

Estamos como sobre el Leviatán, al que una ola había arrancado el timón, y el viento roto el mástil. Hallábase perdido en el Océano, como lo está la Tierra en el espacio. Anduvo así al azar, empujado por la tempestad, como enorme astilla portadora de hombres. Y, no obstante, llegó.

Quizá nuestra Tierra, quizá la Humanidad, llegarán también a su fin ignorado que se habrán creado a sí mismas. Ninguna mano nos dirige. Ninguna pupila vela por nosotros. Roto está el timón hace mucho tiempo. Más bien: nunca lo ha habido. Está por haber. Es una gran misión construirlo. Es nuestra misión.

SEGUNDA PARTE

XVII

Dormidos y en Marcha.

El error no es el objeto del espíritu humano. Si es necesario contar con él, si es inútil denigrarlo con todo amargor, no hace falta venerarlo.

Los espíritus lógicos y amplios a la vez, están siempre seguros de ser seguidos, en tanto que se les da siglos para arrastrar a la Humanidad. La Verdad puede esperar. Permanecerá siempre tan joven y está segura siempre de ser reconocida un día!

A veces, en los largos trayectos de noche, los soldados se duermen en marcha. Sin poder, no obstante, detenerse, continúan marchando dormidos y no se despiertan hasta el lugar de arribo, para librar batalla.

Así ávanzan, durmiendo, las ideas del espíritu humano. A veces están tan adormecidas, que parecen inmóviles. No se siente su fuerza y su vida más que por el camino que han hecho. Al fin se levanta el día, y aparecen. Se las reconoce. Son victoriosas.

XVIII

El Arbol.

Un árbol grande es por sí mismo venerable. Yo no sé qué «horror sagrado» se esparce en las florestas profundas.

La noche y la obscuridad entran por mucho en la formación de las religiones; pues la selva es la noche eterna con todo lo que ésta tiene de inesperado, con sus temblores, con los gemidos del viento en las ramas, que parecen una voz, y el grito de los ciervos que se diría muchas veces salir de los mismos árboles. Además, ¡cuánta vida intensa y silenciosa circula por el árbol para el que lo mira de cerca!

El animal no observa bastante para ver el árbol crecer y subir la savia. ¡Pero cuál no debió ser el asombro del hombre, cuando observó que las raíces del árbol se hundían en la roca, que su tronco hacía crujir cualquier obstáculo que se le opusiera, que se elevaba de año en año y que su esplendor comenzaba con su vejez!

La vegetación de la floresta es una vida, pero tan distinta de la nuestra, que debía inspirar el asombro y el respeto a nuestros antepasados.

Debemos recordar, además, que la savia de ciertos árboles, cuando corre a través de una herida practicada en su corteza, tiene el color de la sangre y muchas veces el color y casi el gusto de la leche.

XIX

La Pequeña Campesina.

Los dos interlocutores eran una pequeña campesina de cuatro años, que no había salido jamás de su campiña, y una joven de la ciudad, propietaria del cortijo. Habían bajado las dos

al jardín, donde por la mañana aparecían numerosas flores espléndidamente abiertas. La campesinita, de quien se había apoderado una viva admiración, preguntó a su ama, a la que profesaba desde hacía mucho tiempo una especie de culto.

—Dígame, patrona, ¿es usted, no es cierto, quien ha hecho estas flores?

Esta interrogación no salía del dominio físico, pues atribuía un poder desconocido a un ser conocido, visible, palpable.

La joven respondió sonriendo:

—No. No soy yo. No tengo poder para hacer eso.

—¿Quién es entonces?—replicó la niña.

Se ve la persistencia con que las inteligencias primitivas quieren explicar las cosas por la acción directa de una voluntad, colocar *alguien* detrás de los acontecimientos.

—Es Dios quien hace las flores—dijo la joven.

—¿Dónde está Dios? ¿Lo ha visto usted alguna vez?

Sin duda, la pequeña campesina, que tenía de la ciudad una idea deslumbrante, creía que allí se podría ver a Dios frente a frente. Por otra parte, Dios no representaba aún para ella nada suprafísico. Pero, ¿en qué circunstancias tan favorables se encontraba para que una metafísica más o menos bastarda comenzara a penetrar en su cerebro.....!

—Yo no he visto a Dios—le respondió el ama. Y nadie lo ha visto jamás. El está en el Cielo y al mismo tiempo se halla cerca de nosotros. Nos ve y nos oye. Es El quien ha hecho las flores, el que te ha creado a tí misma, a mí y a todo lo que existe.

No repetiré la respuesta de la niña, pues creo que estaba demasiado sorprendida para decir nada. Se hallaba en una situación semejante a

la de esos salvajes a quienes un misionero les habla de golpe de Dios, Ser supremo, Creador de todas las cosas, Espíritu desprovisto de cuerpo. A veces, se resisten a comprender todo esto, y señalan su cabeza diciendo que les duele. Otras veces, creen que se están burlando de ellos. En nuestros niños mismos se producen asombros prolongados y mudos, que hacen sitio poco a poco a la costumbre.

Lo que es interesante en la conversación que hemos relatado hace un momento, es el ver cómo el mito metafísico brota necesariamente del error científico. Una inducción inexacta da, en el primer momento, la noción de un ser humano obra-do por medios desconocidos e inconocibles para nosotros. Esta noción, una vez obtenida, toma cuerpo en tal o cual individuo, objeto de una veneración particular. Después, no tarda en retroceder de este individuo a otro más lejano, del campo a la ciudad, de la tierra al cielo y en fin del cielo visible al fondo invisible de las cosas, al *abstractum* omnipresente del mundo.

XX

El Canto del Mirlo.

En la calle por la que paso todos los días, un mirlo canta sin cesar la misma frase melódica. La frase es *inacabada*, abreviada, y desde hace años escucho al pájaro ahuecar su voz, lanzar a todo vuelo su esbozo de frase, detenerse después satisfecho, sin tener jamás necesidad de completar, de una manera o de otra, este pensamiento musical interrumpido, que yo no puedo oír sin alguna impaciencia.

Así sucede al verdadero creyente, habituado en las más altas cuestiones a detenerse en la no-

ta sensible que él toma por la tónica. Acostumbrado a la falta de curiosidad por el más allá. Repitiendo su canción monótona sin preocuparse que le falte alguna cosa, que su canto está trunco como sus alas y que el mundo estrecho de su fe no es el universo.

XXI

El Brahmán y el Microscopio.

Es conocida la historia de aquel brahmán que hablaba delante de un europeo de su religión y, entre otros dogmas, del respeto escrupuloso que se debe a los animales.

—La fe, decía, no sólo prohíbe hacer daño al más insignificante de los seres, sino que nos ordena el andar mirando a nuestros pies, hasta desviarnos, si es necesario, para no aplastar una inocente hormiga.

El europeo, sin preocuparse de refutar su fe ingenua, puso en sus manos un microscopio. El sacerdote miró a través del instrumento. En todos los objetos que le rodeaban, sobre las frutas que se disponía a comer, en la bebida que iba a tomar, por todas partes donde quería poner la mano o plantar el pie, vio agitarse y pulular multitud de animalillos cuya existencia ignoraba, de seres con cuya vida en el universo jamás había contado. Lleno de estupefacción, devolvió el instrumento al extranjero, el cual le dijo:

—Os lo regalo.

Entonces el sacerdote, con un movimiento de alegría, tomó el microscopio, lo estrelló contra el suelo y se fue satisfecho, como si con el mismo golpe hubiera negado la verdad y salvado la fe.

Afortunadamente, en nuestra época se puede sin gran perjuicio, romper un instrumento de óptica o de física, que no es difícil reemplazar. Pe-

ro, ¿qué sería de una inteligencia, de una idea, puesta entre las manos de este creyente fanático? ¿No la hubiera roto lo mismo que el microscopio, sacrificándola con tanto más placer, cuanto fuera más puro el resplandor de verdad que se filtrase a través de ella?

XXII

Las Anteojeras.

Se ponen anteojeras a los caballos que se enganchan para evitar que vean a derecha y a izquierda. De esta manera no perciben más que un punto, y corren hacia él con la seguridad y el vigor de la ignorancia, bajo el látigo autoritario que los azota.

Los partidarios del dogma absoluto marchan del mismo modo en la vida.

«Toda religión positiva, toda forma inmutable—ha dicho Benjamín Constant—conduce por un camino directo a la intolerancia, si se razona ógicamente».

Se ha replicado a Benjamín Constant, que una cosa es creer que se conoce el camino y otra el obligar a los demás a marchar por esa senda.

El sacerdote se considera como el médico del alma. Pretender curar por la fuerza el alma enferma es, dicen, lo mismo que si el médico, para tener mayor seguridad de sanar el enfermo, le hiciera condenar a muerte o a trabajos forzados en caso que no obedeciese sus prescripciones. (M. Frank).

Será contradictorio, ciertamente, que el médico que quiere curar el cuerpo, lo mate. Pero, no lo es en manera alguna que el que se cree médico del alma busque el modo de ejercer alguna violencia sobre el cuerpo. La objeción cae, pues,

por su propio peso. Por otra parte, si los médicos del cuerpo dejan a los enfermos en completa libertad, es a veces porque no pueden obrar de otra manera. En muchos casos graves, tienen que sujetar a los enfermos en el hospital, que después de todo es una prisión.

XXIII

Costumbre Rusa.

En los antiguos dominios señoriales de Rusia, existía una gran plancha de hierro en la muralla. Cuando a la vuelta de sus viajes pasaba el señor en ellos la primera noche, un sirviente golpeaba dicha plancha y la hacía resonar para advertir la vigilancia y la presencia del amo.

¿Quién hará vibrar de igual modo la voz de la campana, para anunciar la vuelta a su templo de Dios vivo y la vigilancia despierta de todos los fieles?

En nuestros días, el tañido de las campanas es triste como una llamada en el vacío. Es el sonido de la casa de Dios desierta, el toque fúnebre por las creencias que se mueren.

¿Cómo hacer que entre Dios en el corazón del hombre?

No hay más que un medio: hacerlo el símbolo de la moralidad que vive siempre en el corazón del hombre.

XXIV

El Cojín de la Bella Durmiente del Bosque.

Los primeros cristianos no gustaban representarse a Cristo sangrando por sus heridas, sino transfigurado y triunfante. Preferían cubrir sus sufrimientos. Los cuadros que figuran hoy

día en nuestras iglesias, les hubiesen producido horror. Su fé, todavía muy reciente, se hubiera quebrantado por esa «imagen del dolor sobre el madero que producía a Goethe una especie de repulsión.» Cuando representaban la cruz, no era con su Dios, y aun cuidaban de cubrirla con flores y adornos de toda especie.

Esto es lo que nos enseñan las figuras sencillas, los dibujos y las esculturas encontradas en las catacumbas. Ocultar una cruz entre flores: he aquí la maravilla realizada por la religión. Cuando se miran las religiones desde este punto de vista, no se desdeñan todas las leyendas que constituyen la materia de la fé popular. Se las comprende, se las ama y se siente uno invadido por cierta «ternura infinita», por esa obra espontánea del pensamiento en busca del bien, en persecución del ideal, por esos cuentos de hadas de la moralidad humana, más profundos y más dulces que los otros. Era necesario que la poesía religiosa preparase en la tierra, desde mucho tiempo antes, el advenimiento del misterioso ideal, que embelleciera el sitio en que había de descender como la madre de la Bella Durmiente del Bosque, que al ver cerrarse para un sueño de cien años los parpados de su hija, coloca confiadamente a los pies del lecho, el bordado cojín donde se arrodillaría en lejano día el enamorado que la debe despertar con un beso.

XXV

Templos de la Verdad.

La Humanidad quiere, cada vez más, razonar sus creencias. Ver por sus propios ojos.

La Verdad ha cesado de estar encerrada exclusivamente en los templos. A todo se muestra y tiene enseñanza para todos.

En el culto a la verdad científica, cada uno puede oficiar lo mismo que en los primeros tiempos del cristianismo. No hay en el santuario lugar reservado ni dioses envidiosos.

Los templos de la Verdad son los que cada uno se eleva en su propio espíritu. No son templos cristianos, ni hebraicos, ni budistas.

La absorción de la religión en toda moral, es la destrucción de toda religión positiva y determinada, de todo «simbolismo» tradicional y de todo lo dogmático.

La fé, decía profundamente Heráclito, es una enfermedad sagrada.

Para nosotros no hay enfermedad sagrada, y sólo la padecen los que no se quieren librar de ella.

XXVI

Amor al Campanario.

En moral, como en política, no hay que resolver únicamente el problema de la mejor manera de *combinar* las fuerzas, sino el de cuál es el medio mejor de *suscitar* los esfuerzos humanos. En este sentido, el amor al campanario es bueno.

Un campanario no se pierde de vista. Se sabe a dónde se va. No se puede confundir el camino. Se tiene esperanza de llegar a él, y, a veces, certidumbre. Todas estas son fuerzas importantes.

Lo mismo sucede con el amor bien entendido por uno mismo y por los suyos. Esto es precisamente lo que desconoce el misticismo y por lo que se pone en contradicción con el espíritu científico.

Para el místico no hay compromiso posible entre la realidad y un ideal que es su negación.

El místico, si ha de ser lógico, debe consagrar sus votos a la negación total, como los Schopenhauers y los Hartmanns.

Que el mundo se evapore, por decirlo así, que se sublime como los cadáveres que los adoradores del Sol exponían a sus rayos para que ascendiesen convertidos en vapor, y volvieran a confundirse en la luz todo cuanto fuera posible.

Lo que es excesivo tiende a destruirse así mismo.

XXVII

Parcelas baldías dentro del Corazón.

Es preciso conservar en el corazón, un rinconcito de verdura y de juventud en el cual no se haya cosechado nada todavía y en donde se pueda plantar siempre alguna planta nueva.

—Yo me he hecho hombre antes de tiempo,— decía Marco Aurelio.

El ascetismo, como la vida licenciosa, producen viejos precoces que ya no saben amar, ni se entusiasman por las cosas de este mundo. Cerigo y la Thebaida son desiertos igualmente desecados.

Permanecer joven mucho tiempo, conservarse niño por la espontaneidad y la afectuosidad del corazón, conservar siempre, no en la apariencia, sino en el fondo de sí mismo, algo de ligero, de alegre, de alado, es el mejor medio de dominar la vida. Pues, ¿qué fuerza hay tan grande como la misma juventud?

No hace falta endurecerse y erizarse contra la vida, ni abandonarse a ella floja y blandamente. Es preciso tomarla como es. Según la frase vulgar, «como viene», con la sonrisa del niño que se despierta y mira. Sin otro cuidado que el de poseerse asimismo en todos los acontecimientos, para poder poseer también las cosas.

XXVIII

La Varita de las Hadas.

Se han pronunciado en favor de la oración muchos argumentos, casi todos exteriores y demasiado superficiales. La oración, dicen, como demanda a una providencia especial, es soberanamente «consoladora», es una de las más dulces satisfacciones que procura la fe religiosa.

Una persona convertida al libre pensamiento, me decía ultimamente:

—Yo no siento más que una cosa de mis creencias antiguas, y es el de no poder rogar por ustedes, ni imaginarme que les sirvo de algo.

—Seguramente, es triste perder una creencia que os consolaba. Pero suponed alguno que hubiera creído poseer la varita de las hadas para salvar el mundo. Un día se le desengaña y se encuentra solo, sin más fuerza que la de sus manos y la de su cerebro. No podrá menos de acordarse de su potencia imaginaria. Sin embargo trabajará para adquirir un poder real, y así la pérdida de sus ilusiones, se convertirá en un excitante para su voluntad.

Es siempre peligroso creer en un poder que no se tiene, pues tal confianza evita, en cierta medida, conocer y ejercitar los poderes que se tienen.

Los favoritos en otro tiempo, en el de las monarquías absolutas, poseían un poder análogo al que se imaginan poseer los creyentes en los templos: el poder sobre los reyes. Y lo han perdido a causa de revoluciones puramente terrestres. ¿Han disminuido por esto en su sér moral? No. Un hombre es moralmente más grande como ciudadano que como palaciego. Se es más grande por lo que se hace o se intenta por sí mismo, que por lo que se procura obtener de un amo.

XXIX

Los Rezos de la Abuela.

La caridad es lo único que hay de eterno en la oración. Pedir para sí, es cosa poco justificable. Pedir para otrō, es por lo menos un comienzo de acción desinteresada.

—Se diría que tus oraciones se agrandan cada día más, abuela.

—Es que aumenta cada día el número de los seres por quienes ruego.

A este carácter caritativo de la oración, se une cierta belleza, y no desaparecerá con las supersticiones que se desprenden de la oración. La belleza moral de ésta tiende a los sentimientos humanos más profundos que se asocian a ella.

Se ora por alguno a quien se ama. Se ora por piedad o por afecto. Se ora en la desesperación, en la esperanza y en el reconocimiento.

Todo lo que hay de más elevado en los sentimientos humanos viene, pues, a fundirse y a matizar la oración. La tensión de todo el ser se traduce entonces en la faz y la transfigura. De aquí la expresión intensa del rostro, producida por ciertas oraciones surgidas del corazón que han recogido y pintado los artistas.

Lo más bello, y probablemente lo mejor que hay en una oración, es lo que tiene de humana y de moral. Si existe una caridad esencial en la verdadera oración, entonces no es suficiente la caridad de los labios. Es preciso añadir la del corazón y la de las manos, que concluyen siempre por reemplazar la demanda con la acción.

XXX

Cielo de Alma.

Toda voluntad no es en el fondo más que una potencia que trabaja, una acción germinando, una creación de la vida. La voluntad del bien, cuando es consciente de su fuerza, no necesita esperar de fuera la gracia. Ella misma es su propia gracia. Naciendo, es ya eficaz la naturaleza. Al querer, crea.

Pascal concibe demasiado el fin moral que nos propone el «deber», como una especie de objeto físico y exterior a nosotros, que se podría ser capaz de verlo, sin ser capaz de alcanzarlo. «Diríjase la vista a lo alto, dice en sus *Pensamientos*, pero apoyándose en la arena, la tierra se desmorona y caerá mirando al cielo.»

Pero podría responderse que el cielo a que se refiere Pascal, el cielo que llevamos en nuestra alma, es distinto por completo del que percibimos por encima de nuestras cabezas. En el cielo de nuestra alma, ver equivale a tocar y a poseer.

No hace falta decir que la vista del objeto moral implica la posibilidad y el comienzo de la marcha hacia él, que el punto de apoyo que se encuentra en la buena voluntad, que es la más invencible de todas las voluntades, no puede desmoronarse. Marchando siempre hacia el bien, no se puede caer. Mirar al cielo, es por tanto subir al cielo.

XXXI

La Mejor Oración.

Para los espíritus verdaderamente elevados, serán siempre fecundas las horas consagradas a formar y hacer vivir interiormente su ideal; esas horas de recogimiento y de meditación, no sola-

mente sobre lo que se sabe y lo que no se sabe, sino sobre lo que se espera, lo que se intentará, sobre la idea que quiere realizarse por vosotros, que se apoya en vuestro corazón hasta quebrarlo. La manera más elevada de orar, será, pues, pensar. Toda meditación filosófica tiene, lo mismo que la oración, algo de consoladora; no por sí misma, puesto que puede conducir a tristes realidades, sino indirectamente, en tanto que al ensanchar el pensamiento ensancha también el corazón. Toda comprensión sobre el infinito nos produce esa impresión ruda y, sin embargo, refrescante, del aire libre en el cual se dilata el pecho. Nuestras tristezas se funden en la inmensidad, como las aguas que proceden de la tierra, en el agua azulada de los mares, donde vienen a penetrarse del cielo.

XXXII

La Muerte de los Astros.

Sucede a todos los focos del espíritu humano lo que a esos astros que se enfrían lentamente. Pierden su brillo al mismo tiempo que van perdiendo su color, se recubren de una envoltura sólida, y, después, por una revolución, por efervescencia interior, rompen la ligera cristalización de su corteza, se reiluminan y vuelven a tomar un brillo que no tenían desde muchos centenares de siglos. Este mismo fulgor es un consumo de luz y de calor, es una simple fase de su enfriamiento necesario. El astro se extingue de nuevo, por lo menos su superficie, y cada vez que vuelve a iluminarse, es menos brillante, hasta que muere por sus esfuerzos para revivir.

Un pensador que mirase desde cierta altura, podría, en cierta medida, regocijarse de los mismos triunfos que parece alcanzar a veces el espí-

ritu del fanatismo y de la reacción: Triunfos provisionales que la debilitan por mucho tiempo y que apresuran su destrucción.

Quiriendo violentar el porvenir, se le retarda y frecuentemente se le aleja. Así también cuando se quiere reanimar el pasado, se le mata.

No se vuelve a calentar desde afuera un astro que se extingue.

XXXIII

Epocas de Barbecho.

El arte, como la ciencia, para alcanzar su más alto desenvolvimiento, exigen un gasto considerable de fuerza, así es que consumen, fatigan al pueblo en el que se producen. Después de estas épocas de efervescencia vienen otras en que la nación reposa, recoge sus fuerzas. Son, por decirlo así, las épocas de barbecho en el cultivo intelectual. Estas alternativas de reposo y producción, de esterilidad y fecundidad, se producirán durante el curso de la historia, mientras no se encuentre el medio de fertilizar el espíritu de una manera continua, como se fertiliza la tierra, y de lograr, por decirlo así, que suba indefinidamente la savia a las flores indefinidamente abiertas. Es posible que llegue un día en que se encuentren para la educación de un pueblo, procedimientos análogos al de la amelga o repartición de tierras de que se sirven los agricultores en el cultivo de las tierras. Sea de esto lo que fuere, en la historia pasada, la grandeza de un pueblo lo ha agotado casi siempre. No se sigue de aquí que sea preciso tomar, por decirlo así, la historia del revés y ver en los períodos de tanteamiento, de barbarie y despotismo aquellos en que la ley de justicia se ha observado mejor y ha salvado a los pueblos.

XXXIV

Un Episodio de Levingstone.

Cuenta Levingstone que un día, después de haber predicado las verdades del Evangelio a los habitantes de un nuevo poblado, se paseaba por el campo, cuando escuchó cerca de él, detrás de unos zarzales, un ruido extraño que se parecía a un hipo convulsivo. Llamó y nadie le respondió. Dirigióse al sitio de donde partía el ruido y percibió a un negro que, poseído de un deseo irresistible de reír, a causa de las leyendas bíblicas, se había escondido allí por respeto, y en la sombra del zarzal se retorció de risa, sin poder contestar siquiera a las preguntas del digno pastor.

No es ciertamente una alegría de este género, la que pueden causar las sorprendentes leyendas de la religión en aquel que ha sido educado en los hechos de la ciencia y en las teorías razonadas de la filosofía; sino, más bien, la decepción amarga que se siente ante toda debilidad del espíritu humano, pues ante el error, lo mismo que ante el sufrimiento humano, existe una solidaridad entre todos los hombres.

Si el siglo XVIII ha ridiculizado la superstición, si el espíritu humano, como dijo Voltaire, «bailaba entonces atado con sus cadenas», corresponde a nuestra época sentir mejor el peso de dichas cadenas. Y en verdad, cuando se examina con sangre fría la pobreza de los ensayos populares para representarse el mundo y el ideal del hombre, se sienten más deseos de llorar que de reír,

XXXV

La Mosca.

El espíritu parisién que parece a algunos el ideal mismo del espíritu francés, no es, bajo ciertos aspectos, más que un resumen de sus defectos. En los obreros, es la fanfarronería que ellos denominan la «blague». Entre los mundanos y las mundanas, un barniz superficial, una impotencia para fijar el espíritu sobre una serie lógica de ideas. En los salones, la frivolidad se ha erigido en una conveniencia.

Una mosca que zumbaba sobre los cristales de mi habitación, me distrajo un instante. Sus alas delicadas describían círculos sobre el vidrio transparente que no podía atravesar. Este movimiento gracioso e inútil, me recordaba la conversación de una parisiense que acaba de escuchar en la sala y que durante una hora había dado vueltas, describiendo círculos apenas mayores que los de la mosca, desflorando toda la superficie sin penetrar jamás.

Así es, en resumen, toda la frivolidad parisiense. Lo mismo que esta mosca centellante y aturdida, ignorante del aire libre; jugando con algunos rayos perdidos de la gran luz de los cielos, sin alcanzar nunca a bañarse en ella.

XXXVI

Leyenda Japonesa.

Nuestros defectos son curables. Su remedio no está en una especie de asceticismo religioso, sino en una inteligencia más profunda y completa de estos grandes objetos de amor que han seducido siempre al espíritu francés: ciencia, arte, derecho, libertad y fraternidad universal.

Hay una leyenda japonesa, según la cual, habiéndose procurado una joven unas semillas de flores, se sorprendió al ver aquellos granos oscuros y erizados. Ofreció algunos a sus compañeras que no los quisieron. Entonces, aunque con alguna incertidumbre, los sembró, y al cabo de algún tiempo, cada uno de aquellos granos se convirtió en una flor soberbia. Todas las vecinas, al contemplar aquellas flores, pedían a la joven japonesa semillas de las que habían despreciado antes.

Las verdades serias del orden científico y filosófico son estos granos un tanto erizados que se desdeñan al principio, pero que los pueblos concluyen por pasarlos unos a otros de mano en mano.

XXXVII

El Hijo de la Selva.

Un pez nacido en un recipiente de cristal, se acostumbra a él como los antiguos estaban acostumbrados a la bóveda de cristal que limitaba y cerraba sus cielos, y se encontraría extraño en el Océano.

El pájaro creado en la jaula, muere casi siempre cuando se le brinda bruscamente la libertad.

Hace falta a todas las cosas un período de transición, y la libertad de los espacios intelectuales es como la de las aguas o de los aires. La humanidad sin religión, tendrá necesidad de una educación sin religión, y esta educación le ahorrará muchos sufrimientos por los cuales pasan aquellos que se ven obligados a libertarse por sí mismos, a romper con sus manos su propias cadenas.

El hijo de un leñador no experimenta sentimiento alguno de espanto en la solitaria y oscu-

ra selva en que ha nacido, bajo las perspectivas infinitas de las grandes bóvedas de follaje. En cambio, un niño de la ciudad transportado al bosque, se creería perdido y se pondría a llorar.

Esta floresta es el mundo de la ciencia con sus dédalos de sombra y su extensión ilimitada, con el sinnúmero de obstáculos que se levantan al paso y que no se vencen más que uno a uno. El que nace en este mundo, no tiene que llorar y vive feliz en él.

Es preciso resolverse con firmeza a ser los hijos de la selva.

XXXVIII

En los Circos de Roma.

Michelet comparaba el tesoro de la ciencia y de la verdad, amasado por el espíritu humano, con aquel huevo que llevaba un esclavo en los circos de Roma, al terminar las fiestas y en medio de los grandes leones saciados y adormecidos. Si alguna de las fieras entreabría los ojos, sentíase presa de un vivo deseo a la vista del portador del huevo, símbolo del genio humano, y entonces el esclavo estaba perdido.

En nuestros días, que el genio es infinitamente menos perseguido que en otros tiempos y que no corre el riesgo de la arena o de la hoguera, parece que la inteligencia humana, el huevo sagrado de donde saldrá el porvenir, no debe temer peligro alguno. Esto es un error. Precisamente porque la inteligencia humana se enriquece sin cesar, su tesoro se hace tan considerable. Esta riqueza intelectual llega a ser tan delicada para conservarla entera, que puede preguntarse si se encontrará una serie de pueblos suficientemente dotados para conservar y aumentar sin descanso las adquisiciones de la ciencia.

Hasta ahora, en su viaje sin fin a través de los siglos, sólo han sobrevivido para siempre aquellas verdades que eran simples. En nuestros días, la misma rapidez del progreso científico puede inspirarnos inquietud por su duración. La extrema complejidad de la ciencia puede hacernos temer que no existan continuamente pueblos bastante elevados en la escala humana para abrazarla toda y hacerla progresar por medio de especulaciones constantes.

XXXIX'

Colmenas de Cristal.

Nuestra existencia se encuentra hoy día de tal modo rodeada y oprimida por las realidades, de tal manera disciplinada, que es muy difícil a lo maravilloso introducirse o permanecer en ella mucho tiempo. Nos agitamos dentro de pequeñas cajas numeradas, cada una con su tiqueta, y en las que el menos desarreglo resalta a la vista. Estamos como regimentados, y como los soldados en un cuartel, tenemos que responder todas las tardes cuando se nos llama por nuestro nombre. Sin podernos ausentar de la sociedad humana, retirarnos en nuestra personalidad, escapar a las miradas del gran ojo social.

Nos parecemos a aquellas abejas, cuyas colmenas fueron cubiertas de cristal y su vida se hizo transparente. Se las veía trabajar, se las veía construir, se las veía fabricar la miel. Y la miel más dulce, aquella misma miel con que los antiguos nutrían a Júpiter niño, pierde todo lo maravilloso para el que la ha visto elaborar por las pacientes patas de las abejas.

Convengamos en que nos hallamos muy lejos de aquellos tiempos en que Pascal decía: «los milagros demuestran a Dios y son su resplan-

dor.» Nosotros no tenemos ya este resplandor. La ciencia tiene ya dispuesta la explicación del nuevo milagro sobre el cual se tratará de fundar algún día la nueva religión del porvenir.

XL

En las Viejas Catedrales.

Bajo las bóvedas sonoras de las viejas catedrales, resuenan tantos ecos y voces tan diversas, que se ha tenido que tender, a veces, una red a través de la nave, para detener a su paso las ondas sonoras, y permitir a la voz del sacerdote llegar sola al oído de los fieles.

Esta red, invisible desde abajo, que aísla la palabra sagrada y niega la sonoridad a cualquier otra voz, está tendida, no sólo a través de las naves de las catedrales, sino en el corazón mismo de los verdaderos creyentes.

Es preciso que esta red ligera e invisible se desgarré cuanto antes, para que ninguna voz que salga del mundo sea interceptada antes de llegar a los hombres.

La verdadera «palabra sagrada» no es una palabra solitaria. Es la sinfonía de todas las voces, resonando juntas, bajo la bóveda del cielo.

XLI

El Nido.

En vez de aceptar los dogmas ya hechos, debemos ser los obreros de nuestras creencias.

La fe sería, sin duda, diga lo que quiera Montaigne, una almohada mucho más cómoda para la pereza que la duda. Es para muchos, un verdadero nido del pensamiento, donde se le guarece al abrigo de todo, donde se le oculta la cabeza

bajo el ala protectora, en una obscuridad tibia y dulce. Es un nido preparado de antemano, como aquellos que se venden para los pájaros domésticos, criados por el hombre y colocados en una jaula.

Nosotros creemos, sin embargo, que en el porvenir, el hombre tendrá cada vez más horror a los abrigos preparados de antemano y a las jaulas demasiado seguras. Si cualesquiera de nosotros siente la necesidad de un nido en que poner su esperanza, lo construirá él mismo, rama a rama, al aire libre, abandonándolo cuando no esté bastante sólido para rehacerlo a cada primavera, cada vez que se renueve su pensamiento.

XLII

La Pompa de Jabón.

A los escépticos griegos les gustaba llamarse los buscadores. Este es el nombre que conviene a todo filósofo, y que define al filósofo por oposición al creyente. Pero, ¡cuánto se abusa del término escéptico, en el sentido moderno y negativo! Si no pertenecéis a un sistema netamente definido, al momento se os califica de escépticos. Sin embargo, nada más alejado del escepticismo superficial que un espíritu sintético que, precisamente, por abrazar un horizonte bastante ancho, se niega a atrincherarse en un punto de vista estrecho, en un claro de cien pies cuadrados, en un vallecito entre dos montañas. No sois bastante dogmáticos, se os dice a veces. ¿A cuál sistema pertenecéis? ¿En qué clase de insectos pensantes hay que clasificaros? ¿En cuál de los cartones de nuestra colección hay que clavaros? Un lector sentirá siempre la necesidad de interrogar a un autor sobre cierto número de fórmulas convenidas. ¿Qué pensáis sobre tal o cual problema?

¿No sois espiritualistas, luego sois materialistas? ¿No sois optimistas, luego sois pesimistas? Es preciso responder por un sí o por un nó, a secas, como en los plebiscitos. Nó, lo que yo pienso tiene poca importancia, aún para mí. El punto de vista mío, no es el centro de la ciudad intelectual. Lo que yo trato de conocer en mí, como en vosotros, es el pensamiento humano, en lo que tiene de más complejo, de más variado y de más abierto. Si yo me examino a mí mismo, no es en tanto que yo soy yo, sino en tanto que encuentro en mí alguna cosa común con todos los hombres. Si yo miro mi pompa de jabón, es para descubrir en ella un rayo de sol, es para salir de ella y no para limitar a ella mi vista. Por otra parte, solamente tienen ideas absolutamente fijas, limitadas y satisfechas de sus propios límites, precisamente los que no tienen ideas personales. Revelación, intuición, religión, y en general, afirmación categórica y exclusiva, tales son las nociones enemigas del pensamiento moderno, que no puede concebirse a sí mismo, más que como siempre progresivo y ensanchándose siempre. Hay dos clases de hombres, unos que se mantienen siempre en la superficie de las cosas; otros que buscan el fondo. En Francia, casi todos los hombres que llamamos escépticos o desengañados, son simplemente superficiales que procuran darse aires de profundos. Con frecuencia, son también epicúreos prácticos. Siempre habrá gente dispuesta a decir como cierto héroe de Balzac: «Encontrar siempre buen fuego y buena mesa; no tener nada que buscar en el mundo: ¡he aquí la existencia!» La esperanza de vivir y la garantía de las necesidades cubiertas, es el único suceso del día. Hay otros, en cambio, para quienes la vida será buscar infatigablemente.

XLIII

Lluvia de Astros.

En ciertas noches de otoño se producen en el cielo verdaderas lluvias de aereolitos. Se ven, por centenares a veces, destacarse del cenit pequeños astros como copos de nieve luminosa.

Diríase que estalla la misma bóveda del cielo, que nada sostiene ya los mundos en camino de precipitarse sobre la tierra, que todas las estrellas van a descender a un mismo tiempo y a dejar una noche sin mancha en el opaco firmamento. Pero bien pronto el torbellino de astros pasa. Esos luminares de un instante se extinguen, y entonces, siempre en un sitio, sobre el inmenso dombo azul, se ve reaparecer la claridad serena de las estrellas fijas. Todo este desorden luminoso ha pasado muy por debajo de ellas y no ha turbado el fulgor tranquilo de sus rayos, el clamor incesante de su luz.

El hombre responderá siempre a estas llamadas delante del cielo abierto, y planteada la interrogación en la noche por los grandes astros, no se siente cansancio y debilidad más que cuando se cierran cobardemente los ojos.

La Humanidad no perderá nada de su fuerza intelectual, viendo por la desaparición de la fé, engrandecerse los horizontes a su alrededor, y multiplicarse los puntos luminosos en la inmensidad.

El verdadero genio especulativo y cualquiera que sea el medio en que se le coloque, siempre especulará. Hasta aquí ha especulado a pesar de sus creencias, y especulará, mejor aún, a pesar de sus dudas, porque tal es su naturaleza.

XLIV

Alas de Golondrina.

El alma humana, lo mismo que las golondrinas, tiene las alas demasiado largas para volar a flor de tierra. Por su propia naturaleza, tiende a remontarse, a volar en pleno cielo. Con frecuencia, no puede realizarlo. Sus grandes alas golpean en vano la tierra, sin poder dejarla. Y se mancha de ciéno.

¿Qué fuerza la cogerá y la lanzará al firmamento?

El deseo mismo de esos espacios desconocidos, el deseo del ideal infinito, incierto.

La naturaleza, tal como la hacen comprender las ciencias positivas, es, sin duda, la única divinidad perfectamente incontestable. Es el *deus certus* (así es como el emperador Aureliano llamaba al Sol.) Pero esta misma certidumbre es una condición de inferioridad.

La luz del sol no es la más brillante.

Lo real no podría ser para el pensamiento humano definitivamente divino.

El dios ideal es, pues, necesariamente también el *deus incertus*, el dios problemático y hasta acaso, mentiroso.

XLV

El Polvo de las Construcciones.

Cada sistema, como tal, es precisamente un medio de demostrar la insuficiencia de la idea maestra que lo domina y la necesidad, para el espíritu humano, de traspasar esta idea.

Sistematizar es, en efecto, después de sacar de un grupo de ideas todo lo que contienen, mostrar lo que no se puede hacer salir de ellas, mos-

trar cómo no pueden ser adecuadas al pensamiento entero.

Construir es probar con el mismo peso de las piedras de que se sirve, la imposibilidad de elevarlas hasta el cielo.

Es preciso construir sistemas, por cierto número de años, como el arquitecto construye por tres o cuatro siglos un edificio admirable.

Después, una vez terminada la obra, puede uno mismo señalar los puntos por donde comenzará a desmoronarse, las columnas que cederán las primeras, el principio del derrumbamiento final.

Toda caída racional obliga a la resignación. En cierta medida, da el consuelo.

Lo que es *útil*, es necesariamente *transitorio*, pues la utilidad cambia de sitio. Así es cómo la utilidad de un sistema, es la demostración misma de su carácter mortal.

Los sistemas mueren y con mucha más razón los dogmas. Son los sentimientos y las ideas los que quedan. Todos los arreglos se desarreglan. Todas las limitaciones y todas las definiciones se quebrantan un día u otro. Todas las construcciones caen hechas polvo. Lo que es eterno, es ese mismo polvo de las doctrinas, siempre dispuesto a volver a un nuevo molde, a una forma provisional siempre viviente, y que lejos de recibir la vida de esas formas fugitivas porque pasa, más bien se la dá.

Los pensamientos humanos no viven por sus contornos, si no por su fondo. Para comprenderlos, es preciso tomarlos, no en su inmovilidad, en el seno de un sistema particular, sino en su movimiento a través de la sucesión de las doctrinas más diversas.

XLVI

Lágrimas sin Motivo.

Un día, estando sentado junto a mi mesa de trabajo, mi mujer vino hacia mí toda inquieta:

—Qué cara tan triste! Qué tienes? Lágrimas? Dios mío! Te he dado algún disgusto?

—No me lo has dado tú nunca. Lloro por un pensamiento, simplemente. Sí, por un pensamiento en el aire, abstracto. Por un pensamiento sobre el mundo, sobre la suerte de las cosas y los seres. ¿No existe en el universo bastante miseria para justificar una lágrima sin objeto, como bastante alegría para explicar una sonrisa que parece nacer de nada?

Todo hombre puede llorar o sonreír así, no por él, ni por los suyos, sino por el gran Todo en que él vive. Y esto es lo propio del hombre: esa solidaridad consciente en que se encuentra con todos los seres, ese dolor, esa alegría impersonal que él es capaz de sentir.

Esta facultad de impersonalizarse, por decirlo así, es lo que quedará de más duradero en las religiones y en las filosofías, pues es por esto por lo que ellas son más interiores.

Simpatizar con la Naturaleza entera, buscar con ella el secreto, querer contribuir a su mejoramiento, salir así del egoísmo propio para vivir la vida universal; he aquí lo que hará siempre el hombre, por el solo hecho de que es hombre, porque piensa y porque siente.

XLVII

La Tierra Prometida.

Cuando los hebreos marchaban hacia la tierra de promisión, sentían a Dios con ellos. Dios había hablado y había dicho:

—Allí está!

Por la noche, una nube de fuego se encendía y marchaba delante de ellos.

Hoy día, la luz se ha extinguido, no estamos aún seguros de tener a Dios sobre nuestras cabezas. No poseemos otra luz que nuestra inteligencia y con ella sola es necesario dirigirse por la noche.

• ¡Si estuviésemos aún seguros de que existe una tierra prometida, de que otros llegarán a ella, de que el desierto concluirá en alguna cosa! Pero no. Esta misma certidumbre nos ha sido arrebatada. Buscamos un nuevo mundo y no podemos afirmar que existe. Nadie ha ido a él, ni ha vuelto de él. Es preciso que lo descubramos antes de reposar allí. Y no obstante, avanzaremos siempre alentados por una esperanza infatigable.

XLVIII

Los Malecones.

Es preciso que cada hombre aporte algo a azar, su piedra, y que todas estas piedras se hacin lentamente bajo el esfuerzo de su propio peso, para que la obra surgida de esta colaboración de la humanidad entera, llegue a ser verdaderamente inquebrantable.

Los malecones contruidos con piedras *perdidias* son los más fuertes de todos. Cuando se marcha sobre ellos, se siente pasar y agitarse el mar, no solamente alrededor de uno, sino bajo sus mismos pies. Se escucha el rugido vano del agua que salta en torno de cada bloque sin tallar ni cimentar, sin poder arrancar uno solo, bañándolo todo sin poderlo destruir.

Tales son, en el espíritu humano, las construcciones de la ciencia, edificada con pequeños hechos, amasados al azar, que las generaciones

han arrojado en desorden, unos sobre otros, y que, no obstante, concluyen por sostenerse tan sólidamente que ningún esfuerzo de la imaginación puede desunirlos.

La imaginación se desliza desde entonces alrededor de estas realidades, encajadas unas en las otras, sin poderlas destruir. El espíritu humano, a pesar de su eterno vaivén, siente entonces en sí alguna cosa sólida, que las olas, los flujos y reflujos pueden penetrar, pero no arrastrar.

XLIX

Un Poeta de la India.

El verdadero filósofo no debe decir solamente: nada que sea humano puede serme extraño, sino: nada de lo que vive, sufre y piensa me es extraño.

El corazón se encuentra asimismo donde quiera que siente latir otro corazón como él, hasta en el ser más ínfimo. Con tanta más razón, en un ser igual o superior.

Un poeta de la india, dice la leyenda, vió caer a sus pies un pájaro herido que aleteaba luchando con la muerte. El corazón del poeta, levantado en sollozos de piedad, imita las palpitaciones del ser moribundo. Es en esta queja medida y modulada, este ritmo del dolor, donde hay que buscar el origen de los versos.

Lo mismo que la poesía, la religión tiene también su origen más elevado y su más bella manifestación en la piedad.

El amor de los hombres entre sí, no tiene necesidad de ser precedido del acuerdo completo de los espíritus. Más bien será este temor el que llegará a producir un acuerdo relativo. Amaos el uno al otro y os comprenderéis. Cuando os

hayáis comprendido bien, estaréis mucho más cerca de entenderos.

De la unión de los corazones, surge una luz.

L

La Caja de Pandora.

El entusiasmo está formado de esperanzas, y para esperar es necesario poseer un corazón viril. Hace falta valor. Se ha dicho: el valor de la desesperación. Hay que decir: el valor de la esperanza. La esperanza viene a confundirse con la verdadera y activa caridad.

Si en el fondo de la caja de Pandora ha quedado la paciente Esperanza, no es porque haya perdido sus alas, porque no pueda huir libremente hacia el cielo, abandonando la tierra y los hombres. Es porque ella es ante todo piedad, caridad, abnegación. Es porque esperar es amar, y amar es saber esperar al lado de aquellos que sufren.

Sobre la caja de Pandora entreabierta, donde ha quedado así la Esperanza viva, dispuesta a todos los sacrificios por los hombres y por el advenimiento del ideal humano, es necesario escribir, como sobre el cofre del Mercader de Venecia que contenía la imagen de la mujer amada: quien me escogió, debe aventurar todo lo que posea.

LI

Santos y Rosas.

La virtud es la más profunda de todas las artes, aquella en la cual el artista lo es de sí mismo.

En las antiguas tablas de roble de los coros de iglesia, amorosamente esculpida en los tiem-

pos de fé, el mismo tipo de madera representa con frecuencia, sobre una de sus caras, la vida de un santo y sobre la otra una serie de rosas y de flores, de tal modo que cada gesto del santo figurado en un lado, se convierte por el otro en un pétalo o una corola. Sus sacrificios o su martirio se transforman en un lis o una rosa. Obran y florecen todo a un tiempo.

Sufrir desplegándose, abriéndose como una flor, unir en sí la realidad del bien a la belleza del ideal. Este es el doble objeto de la vida, y nosotros, lo mismo que los antiguos santos de madera, debemos esculpírnos también sobre dos caras.

LII

Aves Acuáticas.

La poesía es una cosa ligera y alada, ha dicho Platón. Pero sólo se refería a la poesía del poeta, la de las palabras sonoras y armoniosas. La poesía del metafísico, la de las ideas profundas, y de las causas ocultas, tiene también sus alas; pero no solamente para jugar al rededor de las cosas, para deslizarse como los pájaros sobre la superficie del suelo o de las aguas, sino que debe ser como esas aves acuáticas que, en vez de jugar a flor de agua, se hunden en la superficie límpida, y después, con riesgo de asfixiarse, marchan por el fondo opaco y duro que caban y registran con sus picos. De repente se les ve resurgir sacudiendo sus plumas y no se sabe de dónde vienen. Con frecuencia sus picotazos han sido inútiles. A veces, sin embargo, traen algún grano de las profundidades. Son las únicos que se sirven así de sus alas, no solamente para deslizarse y desflorar, sino para penetrar y buscar el fondo.

La última palabra del arte de los poetas, como el de los pensadores, sería el llegar a sorpren-

der bajo el oleaje moviente de las ondulaciones de las cosas, el secreto, la naturaleza y también el secreto de los espíritus.

LIII

Estrellas en el Lago.

Una tarde, en Sermiona, la isla amada de Catulo, veía yo sobre la superficie del lago Garde, brillar tantas estrellas como se podían percibir en lo más profundo de los cielos.

Cada estrella reflejada sobre el lago no era en realidad más que la reverberación de una gota de agua próxima a mi mano. Cada uno de los luminares del cielo, era un mundo separado de mí por un infinito. Las estrellas del cielo, y las del agua eran, no obstante, las mismas para mis ojos. De lo que menos se apodera la mirada humana es de la distancia real de las cosas y de la profundidad real del universo.

Sin embargo, la ciencia corrige la mirada, mide las distancias y ahonda cada vez más en la bóveda celeste. Distingue los objetos de sus reflejos, señala a la vez el lugar del rayo en el agua y su origen en los cielos.

Es posible que algún día en el cielo del pensamiento indefinidamente ensanchado, entreverá el foco primitivo y lejano, el núcleo central de donde surge toda luz y del que no apreciamos aún más que los rayos quebrados sobre las superficies, los reflejos devueltos por los objetos más próximos a nosotros, los centelleos fugitivos sobre un espejo que tiembla.

LIV

En una Iglesia de Verona.

En una iglesia de Verona, las sentencias sagradas están inscritas sobre lozas de mármol por

las cuales se anda. Se suceden y se completan la una a la otra, y, oscuras en un principio, van tomando sentido y aclarándose a medida que se avanza bajo las altas bóvedas.

Así acontece en la vida, donde todas las creencias religiosas o filosóficas, en medio de las cuales marchamos y respiramos, nos parecen al principio enigmáticas y misteriosas. Muchas veces las hollamos con los pies sin comprenderlas. A medida que avanzamos, nos apoderamos mejor de su sentido oculto, de sus ingenuidades y de sus profundidades.

Cada paso en la vida es una perspectiva que se abre para nosotros en el corazón de la humanidad. Vivir es comprender, y comprender no es solamente tolerar, sino amar. Este amor, por otra parte, no excluye ni la clarividencia ni el esfuerzo para mejorar y transformar. Por el contrario, el amor verdaderamente activo debe ser, ante todo, un deseo de transformación y de progreso.

Amar a un ser, a una creencia, es tratar de elevarlos.

LV

Los Antiguos Fieles Germanos.

Algún día nos apercibiremos de que somos más fuertes cuando permanecemos en pie libres y con las manos en su sitio, que cuando nos arrodillamos con la cabeza humillada implorando al cielo impasible.

Entre los antiguos germanos, antes de penetrar en las florestas sagradas, el fiel se hacía ligar las manos para simbolizar su esclavitud en presencia de los dioses.

Si tenía la desgracia de caerse durante su peregrinación, no osaba levantarse pues hubiera

sido injuria erguirse así delante de los Dioses. Se veía reducido a rodar por el suelo como los reptiles para salir del templo inmenso, de la bóveda de la floresta sagrada. A esta concepción primitiva de la servidumbre religiosa se opone y se opondrá cada vez más, la concepción moderna del hombre libre delante de su dios, que llegará a ser su ideal amado, su obra presentida, su sueño de progreso.

Dios desde hoy, el verdadero sentimiento de lo divino se reconoce en que da al hombre la conciencia de su libertad y de su dignidad, no de su esclavitud. Los verdaderos dioses son los que nos hacen elevar más la frente en la lucha por la vida. Adorar no es ya prosternarse y arrastrarse: es erguirse, elevarse.

LVI

El Anacoreta Indo.

Para tomar un nuevo rasgo a la tierra clásica de los símbolos, a la India, de donde han salido nuestros antepasados galos y germanos, la gran epopeya de Ramayana nos habla de un santo y sabio anacoreta que reunía en él toda la virtud y la piedad humanas.

Un día que, confiando en la justicia de lo alto, invocó a Indra y al coro de los dioses, estos, caprichosos, no le escucharon. El ruego salido de su corazón cayó en los cielos sin haber sido atendido. El hombre, muy justamente, viendo la indiferencia divina se colmó de indignación. Reunió en él toda la fuerza que tenía «átesorada por sus sacrificios y sus renunciamentos». Y sintiéndose entonces más poderoso que sus dioses, más poderoso que el mismo Indra, se puso a mandar en los cielos. A su voz, nuevos astros, brillando con su propia luz surgieron en la inmensidad. El

profería también el *fiat lux*. Rehacía el mundo. Su bondad interior cambiábase en Providencia creadora. No era esto bastante. Pensó también en crear nuevos dioses, dioses mejores. Indra, tembloroso, se vió próximo a caer, pues él mismo, que manda en el aire y en los cielos, no puede nadá contra la «santidad».

Indra el poderoso se apresuró, pues, a ceder, a doblegarse. Es él quien dijo al hombre: «Que tu voluntad sea hecha».

Por fin, deja un lugar en el cielo a los nuevos astros que había creado el justo. Y su luz es como el eterno testimonio de la Omnipotencia poseída por la Bondad, que hace de ella la divinidad suprema y el objeto último de la adoración de los hombres.

LVII

El Muro de la Caverna de Platón.

El carácter uno y definido que nos ofrece el Universo le viene acaso únicamente de nuestro cerebro donde él se proyecta. Sobre un muro el muro de la caverna de Platón—proyectad la sombra de objetos confusos e innumerables; de átomos en torbellino, de nubes informes. Todo esto tomará una figura, parecerá hasta la sombra fantástica de ciertas construcciones humanas. Reconoceréis torres, ciudades, cuerpos de animales, allí donde no hay más que la masa oscura e infinita en profundidad de seres opacos interceptando la luz de vuestros ojos. La unidad y la figura del mundo pueden no ser más que la sombra que él proyecta en nosotros. Fuera de nosotros queda el infinito que, pará nuestra inteligencia, no puede ser nunca más que lo informe, pues es limitado y no podemos dibujarle, fijar sus contornos. La unidad del mundo, lo

diremos una vez más, no está hecha; no se realiza probablemente más que en nuestro espíritu como puede pasar a las cosas y a los seres. El mundo, la humanidad, no son, pues, *todos*, más que en tanto que nosotros los pensamos y que ejercemos nuestra acción sobre ellos, en tanto que los relacionamos así a nuestra acción y a nuestro pensamiento como centro.

LVIII

El Lagarto.

Estaba yo en la montaña tendido sobre la hierba. Un lagarto salió de un agujero, tomando mi pantorrilla por una roca, salta a ella y se pone a calentarse al sol. Estaba confiado el pequeño ser sobre mí y gozando de la misma luz, sin imaginar la vida relativamente poderosa que circulaba debajo de él.

Yo me puse a mirar el musgo y la hierba en que estaba tendido, la tierra oscura, las grandes rocas. ¿No parecía yo mismo otro tanto que aquel humilde lagarto y no era juguete del mismo error? ¿No circulaba al rededor de mí y sin saberlo la vida sorda? ¿No palpitaba bajo mis pies? ¿No agitaba confusamente el gran todo?

Sí. Pero, qué importa, si es en el fondo una vida ciega, egoísta en la que cada átomo no trabaja más que por sí.

Pequeño lagarto, ¿por qué no tengo yo, como tú, un ojo amigo que me mire?

LIX

Las Montañas de Tartaria.

Este mal del siglo, siempre en aumento, llega a ser para el filósofo el mal de la humanidad.

Es en el cerebro del hombre donde tiene su asiento: en la cabeza de la humanidad que sufre. ¡Cuán lejos estamos de aquella ingenuidad de los pueblos primitivos a los que si se les pregunta dónde está el asiento del pensamiento, señalan al azar el vientre o el pecho! Nosotros sabemos bien que pensamos con la cabeza, pues en ella es donde sentimos el sufrimiento: es allí donde nos agobia el tormento de lo desconocido, donde llevamos la herida sagrada del ideal, donde nos sentimos perseguidos y sin cesar apoderados por el pensamiento alado y devorador. A veces, en las montañas de Tartaria, se ve pasar un animal extraño, huyendo anhelante *bajo* la niebla de la mañana. Tiene los grandes ojos de un antílope, desmesuradamente abiertos por la angustia; pero mientras galopa y golpea el suelo con el pie tembloroso como su corazón, se ven agitar a los lados de su cabeza dos alas inmensas que parecen elevarle a cada uno de sus movimientos. Se hunde en las sinuosidades de los valles, dejando rastros de sangre sobre las duras rocas. De pronto, cae. Entonces se ven las dos alas gigantescas desprenderse de su cuerpo, y un águila que aplicada a su frente le devoraba lentamente el cerebro, se eleva saciada hacia los cielos.

LX

El Espejo de Macbet.

Se nos dice que el corazón mismo sufre por la simpatía y la piedad siempre creciente. El problema de la felicidad individual, por el efecto de la solidaridad, cada vez mayor, está dominado hoy día más que nunca por el problema de la felicidad social. No son ya solamente nuestros dolores personales, sino los de los demás, los de la sociedad, los de la humanidad futura, los que

se convierten para nosotros en objeto de trastorno.

Sea. Se puede discutir a cuanto alcanza la vista sobre el porvenir. No poseemos el espejo mágico donde Macbet veía pasar, con el corazón oprimido, la fila de generaciones futuras, ni podemos leer de antemano la felicidad o la desgracia en el rostro de nuestros hijos.

En el espejo del porvenir humano, es nuestra propia imágen la que miramos. Y nos sentimos inclinados, en esta imágen de nosotros mismos, a proceder como los poetas que gustan de engrandecer sus dolores.

El problema social que nos atormenta es infinitamente complejo. Sin embargo, nosotros creemos que los optimistas tienen tanto y más derecho a mirarlo con tranquilidad que los pesimistas a declararlo insoluble, sobre todo mientras no se plantee a la conciencia humana de una manera algo menos oscura que desde hace próximamente medio siglo.

LXI

Los Cuentos de Hadas.

Cualquier cosa que hayan dicho los poetas pesimistas, nada es jamás lo mismo, ni en la vida humana ni en el universo. Siempre hay alguna cosa nueva debajo del sol, aunque sea el brote verde de un árbol, las alas de un pájaro deslizándose en el horizonte o el color cambiante de una nube. No hay dos auroras que sean las mismas.

Los cuentos de hadas nos hablan de maravillosos hechos, de libros que podían hojear siempre sin cansarse, pues cada imágen huía bajo el mismo dedo que volvía la página, siendo reemplazada al instante por otra nueva imágen. El universo es un libro de este género, tan cambian-

te a las miradas, que cuando se quiere volver a la página contemplada, otra es ya completamente distinta. Nosotros también somos otros. Y para aquel que sabe profundizar sus sensaciones y sus pensamientos, cada una de sus visiones del mundo tiene siempre la frescura de la juventud.

Un signo distintivo de inteligencia verdaderamente humano, verdaderamente superior, es el interesarse por todas las cosas del universo, y, por consecuencias, por todas las diferencias de estas cosas. Cuando se mira de lejos y con la mirada distraída, cuando se ve sin mirar, no se aperciben más que semejanzas. Cuando se mira con atención, con afectuosidad al universo, se descubren en él diferencias sin número. La inteligencia y la actividad, siempre despiertas, encuentran por todas partes con qué satisfacerse. Amar a un ser o a un mundo, es percibir en ellos alguna cosa de nuevo en cada instante.

LXII

A Vista de Aerolito.

Cuando los pesimistas creen ver una ilusión en el encanto del porvenir, se les puede devolver este reproche: son ellos los que se dejan engañar por sus ojos y contemplan el mundo con una mirada demasiado distraída. Demasiado lejos, por decirlo así. No lo ven tal como es, ni lo aman por falta de comprenderlo.

Si se pudiese desde cualquier aerolito que pasa contemplar la cadena de los Alpes, el Reghi y el Faulhorn, el Mont Blanc y el Mont Rose, parecerían montañas completamente semejantes, puntos indiferentes sobre la corteza terrestre. Sin embargo, ¿cuál será el viajero indifente que los confunda y que se alabe de haberlo visto todo en los Alpes, sólo porque haya subido al Righi?

La vida también es una ascensión perpetua en la que es muy difícil exclamar:

—Yo lo he visto todo— porque se haya subido a la primera cumbre.

Desde la infancia a la vejez, el horizonte puede ensancharse siempre, diferenciarse siempre, renovarse siempre.

La Naturaleza no parece copiarse más que para una mirada superficial. Cada una de sus obras es original como la del genio. “

LXIII

Cadena de Montañas.

La naturaleza entera es como una ascensión eterna hacia un ideal que ella concibe cada vez mejor, pero que la domina siempre.

Cuando se sube a una cumbre para contemplar una cadena de montañas, a medida que se asciende se ven surgir y enfilarse a lo largo del horizonte las blancas cimas de nieve. De pie, una junto a la otra, centelleando bajo sus hielos, suben silenciosas. Parece que un inmenso esfuerzo eleva estas masas enormes y las lleva hacia lo alto, parece que su inmovilidad no es más que aparente. Se cree sentirse arrastrado con ellas hacia el cenit.

Así los héroes de la leyenda india, cuando están fatigados de la vida y de la tierra, reuniendo sus últimas fuerzas, suben con las manos a la alta montaña, el Himalaya. La montaña los lleva a las nubes.

Para los antiguos pueblos, una montaña era la transición entre la tierra y el cielo. Era ahí donde las almas aprovechando el impulso que la tierra se había impreso así misma, tomaba más libremente el vuelo. La montaña era una vía hacia los cielos abierta por la naturaleza misma.

Es posible que haya alguna cosa de profundo en estas ideas ingenuas que pretenden dar a la naturaleza aspiraciones más bien humanas. ¿No existen en ella grandes vías trazadas, grandes líneas, grandes esbozos? Ella ha hecho todo esto sin saberlo, como los bloques de piedra se han levantado lentamente hacia las estrellas sin saber a donde iban. Corresponde al hombre poner un sentido a su obra, servirse de sus esfuerzos, emplear los siglos pasados como materiales sobre los que se elevará el porvenir. Subiendo la naturaleza, habrá escalado el cielo.

LXIV

El Mar y la Montaña.

Al borde del mar hay una gran montaña, recta, lanzada al aire como una flecha. Las olas se acercan a blanquear sus pies. Por la mañana, cuando el primer rayo de sol cae sobre las viejas rocas, estas tiemblan y una voz se escapa de las piedras grises y se mezcla a la de las olas cerúleas. El mar y la montaña dialogan. El mar dice:

—Hace un millón de años que yo reflejo el cielo en mis olas movedizas. Y está siempre tan lejos de mí, tan inmóvil.

Y dice la montaña:

—Hace un millón de años que yo estoy elevada hacia el cielo. Y él siempre tan alto.

Un día, un rayo de sol cayó sonriente sobre la frente de la montaña y esta quiso interrogarle sobre el cielo remoto de donde venía. Iba a responder el rayo, pero la frente de la montaña lo reflejó bruscamente al mar y una ola que centellaba lo envió de nuevo hacia el cielo.

El rayo solar está aún en el camino a través del infinito, hacia la nebulosa de Maya, en las

Pléyades, que ha permanecido tanto tiempo invisible. Más lejos aún. Y no ha respondido todavía.

L X V

Tumba Marina.

La idea desalentadora por excelencia en la teoría de la evolución, es la de la disolución, a la cual parece invenciblemente ligada. Desde Heráclito hasta Spencer, los filósofos no han separado jamás estas dos ideas. Toda evolución, no concluye necesariamente en la disolución? La experiencia que tenemos de los individuos y de los mundos parece, en efecto, responder hasta en el presente por la afirmativa. Nosotros no conocemos más que mundos que han naufragado o que naufragarán algún día.

Cuando el cadáver de un marino ha sido arrojado al mar, los compañeros que le amaron levantan el punto exacto de latitud y de longitud donde su cuerpo ha desaparecido en el informe Océano. Dos cifras sobre una hoja de papel son el único vestigio que subsiste entonces de una vida humana.

Se puede creer que una suerte análoga está reservada al globo terrestre y a la humanidad entera. Algún día pueden zozobrar en el espacio y disolverse en las ondas movedizas del éter. En este momento, si desde algún astro vecino y amigo se nos ha observado, se anotará el punto del abismo celeste donde nuestro globo ha desaparecido, se tomará la abertura del ángulo que formaban para ojos extraños los rayos partidos de nuestra tierra. Y esta medida del ángulo de dos rayos extinguidos será el único rastro dejado por todos los esfuerzos humanos en el mundo del pensamiento.

LXVI

Aves Marinas.

Los seres que pudieran, en la infinita complicación de los movimientos del mundo, distinguir los que favorecen su evolución de los que tienden a disolverla, serían capaces acaso de oponerse a los movimientos de disolución, y la definitiva de ciertas combinaciones superiores estaría asegurada.

Para atravesar el mar, es preciso que las alas de un pájaro tengan cierta envergadura. Sólo es cuestión de unas cuantas plumas. Su suerte depende de estas plumas ligeras hasta que sus alas no sean bastante fuertes, las aves marinas que se apartan demasiado de la orilla zozobran una en pos de otra. Llega un día en que sus alas han crecido, y entonces pueden franquear el Océano.

Sería preciso que engrandeciese, por decirlo así, la envergadura de los mundos, que agrandasen en ellos la parte de la conciencia. Acaso entonces se producirían seres capaces de atravesar la eternidad sin zozobrar. Acaso la evolución podría ser puesta al abrigo de un retroceso. Y por la primera vez, en la marcha del universo, se habría obtenido un resultado definitivo.

Según los símbolos, con frecuencia profundos, de la religión griega, el tiempo es el padre de los mundos. La fuerza de la evolución que los modernos colocan por encima de toda cosa, es siempre el antiguo Saturno que crea y devora. ¿Cuál de sus hijos le engañará y le vencerá? Como Júpiter será algún día bastante fuerte para encadenar la fuerza divina y terrible que le haya engendrado a él mismo. Para este nuevo hijo del universo, para este dios de luz y de inteligencia, el problema sería limitar la eterna y ciega

destrucción sin detener la fecundidad. Nada, después de todo, puede hacernos afirmar científicamente que un problema tal, sea, por todos lados, jamás insoluble.

LXVII

La Flor Divina.

Suponed una flor abierta en un punto cualquiera del espacio infinito, una flor sagrada: la del pensamiento. Desde la eternidad las manos buscan en todos sentidos, en el espacio obscuro, apoderarse de la flor divina. Algunos la han tocado por azar. Después se han extraviado de nuevo, perdidos en la noche. ¿La flor divina, no será cogida jamás? ¿Por qué no? Toda negación no es aquí más que una prevención nacida del desaliento: no es la expresión de una probabilidad. Imaginaos todavía un rayo, atravesando el espacio en línea recta, sin ser reflejado por ningún átomo sólido, por ninguna molécula de aire, y ojos que buscan este rayo a través de la obscuridad, sin poder ser advertidos de su paso, que tratan de descubrirle en el punto preciso donde perfora el espacio. El rayo va, se hunde en el infinito, no encuentra nunca nada, y sin embargo, ojos abiertos, una infinidad de ojos ardientes le desean y creen a veces sentir el resplandor luminoso que se propaga al rededor de él y que acompaña su paso victorioso. Si no hay razón definitiva y sin réplica para afirmar, hay menos razón categórica para negar. Cuestión de azar, dirá el sabio. De perseverancia también y de inteligencia, dirá el filósofo.

LXVIII

Galatea.

Un rayo de sol puede conservar por algún tiempo, sobre un papel inerte, las líneas muertas de un rostro. El arte humano puede llegar más lejos y dar a una obra las apariencias refinadas de la vida. Pero el arte no puede aún animar su Galatea.

Sería preciso el amor. Sería necesario que el que se va y los que quedan se amasen de tal modo que las sombras proyectadas por ellos en la conciencia universal, no hiciesen más que una sola sombra, y entonces esa imagen, que sería única, el amor la animaría constantemente con su propia vida.

El amor no fija solamente los rasgos inmóviles, como la luz; no dá solamente las apariencias de la vida, como el arte. Puede hacer vivir en él y por él.

La desunión llegaría a ser entonces imposible, como en esos átomos torbellinos de que hemos hablado antes, que parecen formar un solo sér, porque ninguna fuerza puede lograr que se separen. Su unidad no proviene de su simplicidad, sino de su inseparabilidad. Lo mismo, en el orden del pensamiento, un infinito vendría a concluir en haz viviente que no se podría romper; en un anillo luminoso, indivisible e inextinguible. Se ha dicho que el átomo es «inviolable». La conciencia concluirá también por ser inviolable de hecho, como lo es de derecho.

LXIX

El Cuadrante Solar.

En viejo cuadrante solar de una aldea del mediodía, se lee:

Sol non occidat.

Que la luz no se extinga. Tal es la mejor palabra que vendría a completar el *fiat lux*.

La luz es la cosa del mundo que debería faltarnos menos. No debería eclipsarse ni desfallecer nunca. Debió ser creada «para siempre», brotar de los cielos para la eternidad.

Pero es posible que la luz intelectual más poderosa, la luz de la conciencia, concluya por escapar a esta ley de destrucción y oscurecimiento que viene por todas partes a contrabalancear la ley de creación. Solamente entonces el *fiat lux* será plenamente cumplido: *lux non occidat in oeter num*.

LXX

Ante la Muerte.

Seguramente que alguno de nosotros tendrá siempre miedo y estremecimiento frente a la muerte. Pondrá la expresión desesperada y crispará las manos. Hay temperamentos sujetos al vértigo, que tienen el horror de los abismos y que querrían evitar sobre todo, aquel adonde todos los caminos van a dar. A estos hombres Montaigne les aconsejaría arrojar al negro pozo con la «cabeza baja» y cerrados los ojos. A otros, podrá asimilarlos el mirar hasta el último momento, para olvidar el principio alguna florecilla de las montañas que crezca a sus pies.

Junto al borde, los más fuertes contemplarán todo el espacio y todo el cielo. Llenarán su corazón de inmensidad, tratarán de hacer su alma tan grande como el abismo, se esforzarán por matar de antemano en ellos al individuo, y apenas sentirán la última sacudida que rompa definitivamente el yo.

La muerte ofrece, por otra parte, al filósofo, tan amante de lo desconocido, el atractivo de

alguna cosa por conocer. Es, después del nacimiento, la novedad más misteriosa de la vida individual.

La muerte tiene un su secreto, un enigma, y se conserva la vaga esperanza de que os dirá su palabra, por una última ironía, al tiempo que os pulverice. Se cree que los moribundos, según la creencia antigua, adivinan, y que sus ojos no se cierran más que ante el deslumbramiento de un fulgor.

Nuestro último dolor es también nuestra última curiosidad.

LXXI

Rayo de Sol.

Según Platón, no hay duradero en nosotros más que lo que se aplica a lo eterno y a lo universal, «como siendo de igual naturaleza». El resto es arrastrado por el *devenir*, por la *generación* perpetua, es decir, por la evolución. Una flor es una cosa amada por nosotros. Sin embargo, ella no saca su color y su encanto más que de un rayo de sol, y por otra parte, este rayo, al que se debería dirigir nuestro afecto, es del todo impersonal, crea la belleza y pasa. Es en el Sol donde habría que amar al rayo y a la flor. El amor demasiado exclusivo de un sér determinado y limitado, encierra siempre algún error, y es por esto por lo que este amor es perecedero. El nos hace detener en tal o en cual anillo de la cadena infinita de las causas y de los efectos. Es al Universo en su principio, al Sér universal al que sería necesario amar, si nuestro corazón fuese bastante vasto, y sólo este amor, según Platón, puede ser eterno.

LXXII

Enlazados sobre la Nieve.

Somos demasiado solidarios, natural y moralmente, para que los unos puedan ser arrastrados a la muerte definitiva sin que los otros se detengan en su ascensión eterna. Por el amor de la humanidad, estamos enlazados unos a los otros como los que suben a la nieve de las cumbres, y no puede deslizarse uno sin que se propague al otro una sacudida, que arranque a la vez del suelo a todo el racimo humano. *Nihil humani alienum*. Un mismo corazón late en todos nosotros, y si se detuviera por siempre en un pecho humano, se vería el corazón de los mismos pretendidos inmortales, cesar también de latir. Los mejores, los que estarían prestos a recibir el bautismo de la inmortalidad, harían como el jefe bárbaro y pagano que, después de lavar sus pecados sumergiéndose en el agua sagrada del baptisterio, teniendo su salvación en la mano y el paraíso ante los ojos, preguntó de golpe cuál sería la suerte de sus compañeros muertos antes que él, fuera de la fé, y si podría volverlos a encontrar en el cielo. «No, respondió el sacerdote. Ellos estarán entre los miserables condenados y tú entre los bienaventurados». «Yo iré entonces donde están los condenados, pues quiero ir donde están mis compañeros de armas. Adiós». Y volvió la espalda al bautismo salvador.

LXXIII

El Trigo de los Faraones.

Un sabio removía entre sus dedos un puñado de trigo encontrado en la tumba de una momia egipcia. «¡Cinco mil años sin ver el sol!»

Pobres granos de trigo, estériles como la muerte, de la que érais compañeros. Jamás balancearéis al viento del Nilo la espiga de que sois gérmen seco. —¿Jamás? ¿Qué sabes tú de la vida? ¿Qué sabes tú de la muerte?— Al azar y para intentar una experiencia en la cual apenas confiaba, el sabio sembró los granos salidos de la tumba. Y el trigo de los Faraones, sintiendo por fin el calor del sol a la vez que la caricia del aire y de la tierra, se ablandó, se hinchó, y los tallos verdes hendieron la tierra de Egipto, y jóvenes como la vida, se columpiaron bajo el viento del Nilo, al borde de la corriente sagrada e inagotable. Pensamiento humano, vida superior que te agitas en nosotros como bajo la corteza del grano tiembla el gérmen. Amor, que parece adormecerte por siempre bajo la funeraria losa: ¿no tendréis vuestro brote en alguna primavera inesperada? ¿No veréis la eternidad, que parecía cerrada para vosotros y recubierta de tinieblas, iluminarse, abrirse nuevo? La muerte, después de todo, ¿es otra cosa en el conjunto del Universo, que un enfriamiento más o menos pasajero? Ella no puede ser bastante poderosa para marchitar por siempre el rejuvenecimiento perpetuo de la vida; para evitar la propagación y florecimiento al infinito, del pensamiento y del deseo.

APENDICE

PÁGINAS DE
RAFAEL BARRETT

PRÓLOGO DE
VAZ-FERREIRA



En una de sus notables conferencias pedagógicas en la Universidad Secundaria de Montevideo, el sabio maestro Dr. Carlos Vaz-Ferreira, al hablar de la LECTURA PENETRABLE, FERMENTAL, decía del ilustre publicista Rafael Barrett las palabras con que formamos el prólogo de las páginas de este Apéndice. : : : :



BARRETT

Rafael Barrett ha sido una de las apariciones literarias más simpáticas y más nobles. Hombre bueno, honrado y heroico: huésped (*) de un país extranjero, (**) adoptó su «dolor»; y su *j'acuse*, si cabe más valiente que el otro, tuvo de todos modos el mérito supremo de que ni siquiera podía ofrecerle, sobre todo en aquel momento, esperanzas ni expectativas de gloria. Y fue hombre de pensamiento, de sentimiento y de acción. Es el ejemplo por el cual acostumbro sustituir ahora el de Anatole France, cuando quiero mostrar cómo es posible no ser un espíritu dogmático, tener más bien tendencias a la duda, y a un casi escepticismo a base de sinceridad, y ser, sin embargo, un hombre de acción—y de acción noble y valerosa, quizá más eficaz y más noble que la de los dogmáticos.

Y como escritor, produciendo en las más tristes e inverosímiles condiciones, en el torbellino del periodismo diario, sin tiempo, sin salud, supo dar a sus producciones una densidad intelectual tan fuerte, y al mismo tiempo un calor tan poderoso de humanidad, que ha conseguido sintetizar una de las más puras y bien ligadas aleaciones de inteligencia y de sentimiento.

(*) Barrett era español.

(**) El Paraguay.—Barrett escribió un libro notable y valiente, EL DOLOR PARAGUAYO.

Sin duda exageró a veces, o forzó, su negación anárquica; pero siempre a base de amor a la libertad y de compasión por la miseria y el dolor.

Y, naturalmente, en aquellas condiciones, produjo desigual. Pero, imaginemos al que, con la fiebre apresurada del artículo diario, y con la otra fiebre, quizá desde el lecho que ocupó en un lazareto de tuberculosos, escribió pasajes como estos, que (también para dar un ejemplo concreto de lo que yo desearía (*)) no resisto absolutamente a la necesidad de leer ahora y aquí mismo, porque son de las más hermosas y puras y ardientes condensaciones de pensamiento y de sentimiento de hombre: como radium espiritual.

CARLOS VAZ-FERREIRA.

Montevideo.

(*) Vaz-Ferreira se refiere a la lectura fermental.

En el Louvre.

¡Caigan sobre mí las iras de Apolo! Reniego del éxtasis en que hace diez años me postraba ante la Venus de Milo. Hoy vuelvo a ella, instruido por la vida; el dolor me ha dado fuerzas para desenmascarar al mármol. Hé aquí la gran engañadora, igual que siempre, con su belleza eterna, inmóvil, implacable; he aquí el ídolo glacial y satisfecho, con su cabecita redonda y bien peinada, sus ojos ciegos, su leve sonrisa desdeñosa, su torso vasto y tranquilo, capaz de sostener sin un estremecimiento las caricias de Hércules. Aquí estás, Venus Urania, convencida de que lo sabes todo, de que te ciernes por encima de la piedad y de la duda, lejos del mal, lejos del hombre. Crees reinar en tu país y entre los de tu raza, pero han muerto ellos y sus dioses. Y tú has muerto también. Eres una magnífica momia, una máscara brillante y dura, un molde hueco que rueda por las clases de dibujo. Dime, patrón de rectificar cuerpos de mujer, ¿qué hiciste de tu alma? Los académicos adoran tu forma, y está vacía. Tu rostro miente; la mentira baja de él a lo largo de tí, falsificando hasta las raíces de tu pedestal, y debemos felicitarnos de ignorar tus brazos decorativos y tus manos inútiles. Mientes. Pretendes expresar la plenitud de la dicha, la paz absoluta, la sabiduría perfecta, y no hay paz, no hay verdad, no hay dicha; toda perfección es un cadáver. No hay paz en los corazones humanos, ni en las miradas de las bestias, ni entre los pétalos de las flores, ni en las entrañas de la roca. No hay paz en las regiones de lo infinitamente pequeño, donde los átomos chocan, o se hacen prisioneros unos a otros, o se disuelven en el espacio como una bruma fatigada. No hay paz—¡oh Urania!—en las regiones de lo infinitamente grande, donde arden los

soles y las lunas se hielan, donde el éter palpita y fluyen estelas de gérmenes que buscan al azar la matriz de los astros. No hay paz en las regiones sin nombre, donde la muerte medita y trabaja en silencio. No hay paz, no hay paz. No hay más que inquietud.

Por eso guardo mi fidelidad para la divina imagen de la inquietud, para esa Victoria de Samotracia que en lo alto de la escalera central del Louvre yergue la noble agitación de su figura. Al subir hacia ella, los peldaños se convierten bajo mis pies en gradas de un templo.

Sobre una proa medio deshecha, la Victoria alza su tronco retorcido por el esfuerzo, y abre sus anchas alas que parecen temblar. El conjunto es una cruz que me recuerda «la otra». Las mutilaciones de esta obra sublime tienen no sé qué de trágicamente simbólico. La heroica testa y los brazos laboriosos se han perdido. De la nave no quedó más que la proa; arriba no quedaron más que las alas; y la estatua decapitada avanza en el vacío. Sentimos que se ha desprendido de su tierra y de su tiempo; que los cien fragmentos de su ser, magnetizados por la impaciencia, apenas reunidos bajo los dedos de los arqueológicos se han puesto a caminar. Las alas han batido de nuevo, y merced a ellas la Victoria ha corrido sobre las aguas de los siglos, y nos ha alcanzado. Tocad sus sagradas rodillas; no es el frío de la piedra; es el frío de la noche. El viento aplastó el ropaje contra la carne que se extremece, mojada por el mar. El seno respira aún. Las alas luchan aún con las ondas invisibles. Una inmensa compasión se apodera de mí. «Hermana, no te deseo el pensamiento, estéril geometría de la senda que no pisaremos ya nunca. El destino te ha dejado las alas; te ha dejado completa, y siendo el más puro de los gestos, lo eres todo. Pero tus músculos sufren:

Reposa un momento. Detente un día y mañana reanudarás tu viaje.

«Estoy suspendida sobre el abismo y detenerme es caer. No hay reposo para nosotros, hermano mío. No confíes en las nubes azules con que la aurora viste el horizonte. Nuestro Océano no tiene riberas».

Niñerías.

Mi hijo tiene más de tres años. Es un niño excepcional. Todos los niños de esa edad son excepcionales. Pasan por un máximo de la curva descrita por el hombre. Atraviesan una época breve en que la suma de las prosperidades de la carne y del espíritu es mayor. ¡Flor de la florida infancia! ¡Momento sagrado! El cuerpo rico aún de líneas redondas y suaves que recuerdan el seno que lo nutrió y la amabilidad de la leche, ha empezado a estirarse enjuto por el juego. El músculo brota. Las pantorrillas bronceadas se endurecen. El pecho, cuando la agitación de la carrera le hace respirar angustiado, dibuja el sólido círculo de su oculta caja. El cuello adquiere su orgullo de pedestal; la cabeza comienza a sentirse cumbre, y se alza naturalmente hacia el cielo. Los pies se han vuelto ágiles y astutos. Las manos no son ya rollitos de inválida manteca. Saben acariciar y romper, y cada dedo aprende su oficio. La piel ha perdido el rosado excesivo y un poco vulgar de los que lactan todavía. Una sublime palidez, mensajera del corazón, pone su luz en las sienas delicadas. El cabello tibio se ensortija en bucles rebeldes. La boca, delicia húmeda y roja donde ríen, hasta en el llanto, los completos diente-cillos, es un vértigo del beso. Los ojos rebosan inocencia, y también deseos innumerables: ojos

en que caben ahora las perspectivas de los bosques y de las llanuras: ojos bastante profundos para retratar los mares y las estrellas, ojos en que reposará mientras viva, la imagen del infinito. Esos ojos claros, sus ojos.....¿qué? ¿Se cerrarán, decís que se cerrarán?

Y mi hijo canta, grita, corre, torbellino de júbilo, pequeño alud de felicidad. ¿Han calculado los sabios la energía que gasta un niño desde la mañana a la noche? ¿Como explican que gastando tanta, crezcan y se haga fuerte con tal empuje y rapidez? ¿En que aritmética estará la solución? ¡Y además, mi hijo es valiente! es capaz de asomarse a todos los precipicios, como si hubiera conservado sus alas de angel.....¿qué? ¿Se caerá por fin, decís que se caerá?

¡Oh, nuestros paseos filosóficos! En un charco del jardín se ahoga una avispa. Nos compadecemos de ella. Organizamos el salvamento. La sacamos con un palito. Él quería sacarla sin artefacto alguno.

—¿Por qué el palito?, me pregunta.

Porque hay avispas que pican, ¡ay! hasta cuando se las socorre.....

A veces nos arriesgamos sobre el camino ancho, el camino que no se acaba nunca. Yo me fatigo mucho antes que él. Y hablamos. Y nos cruzamos con personas y con animales, con una vaca

—Papá, esa vaca que viene ¿quién es?

—No lo sé, hijo mío.

Casi siempre tengo que contestar lo mismo: «no sé». Qué? Decís que él tampoco sabrá nada, que se irá sin saber nada?.....

Una caravana de hormigas nos corta el paso. Hay que respetarlas. Mi hijo, acostumbrado a que las gallinas y los perros menores huyan de él, contempla las hormigas silenciosamente, y después me interroga.

—Papá, por qué no se asustan de mí?

—Porque no te ven, hijo mío. Eres demasiado grande.....

¿Os sonreís? ¿Qué habríais respondido vosotros? De esos labios salen enigmas terribles. Salomón consiguió satisfacer a la reina de Saba. Yo dudo que mi hijo se fuera contento. No existe reina que tenga la imaginación de un niño de tres años! Poetas ufanos de vuestra fantasía ¿podéis jugar tres horas con piedrecitas y cáscaras de nuez? ¿Podéis, como mi hijo, infundir un alma brillante a los más inerte, oscuro, mutilado, muerto, a una mota de tierra, a un pedazo de trapo? Si os llegara siquiera la imaginación a representaros el alma ajena, el dolor ajeno, hombres cultos ¿os trataríais unos a otros como máquinas?

Para mi hijo no hay máquinas hasta hoy en el universo. Todo respira, todo es instinto y voluntad. Todo convida o amenaza. Todo es digno de amor o de odio. Así debió ser la aurora del mundo¿Qué? ¿Morirá?

¿Decís que mi hijo morirá?.....

El Esfuerzo.

La vida es un arma. ¿Dónde herir, sobre qué obstáculo crisar nuestros músculos, de qué cumbre colgar nuestros deseos? ¿Será mejor gastarnos de un golpe y morir la muerte ardiente de la bala aplastada contra el muro o envejecer en el camino sin término y sobrevivir a la esperanza? Las fuerzas que el destino olvidó un instante en nuestras manos son fuerzas de tempestad. Para el que tiene los ojos abiertos y el oído en guardia, para el que se ha incorporado una vez sobre la carne, la realidad es angustia. Gemidos de agonía y clamores de triunfo nos

llaman en la noche. Nuestras pasiones, como jauría impaciente, olfatean el peligro y la gloria. Nos adivinamos dueños de lo imposible, y nuestro espíritu ávido se desgarrá.

Poner el pie en la playa virgen, agitar lo maravilloso que duerme, sentir el soplo de lo desconocido, el estremecimiento de una forma nueva: he aquí lo necesario. Más vale lo horrible que lo viejo. Más vale deformar que repetir. Antes destruir que copiar. Vengan los monstruos si son jóvenes. El mal es lo que vamos dejando a nuestras espaldas. La belleza es el misterio que nace. Y ese hecho sublime, el advenimiento de lo que jamás existió, debe verificarse en las profundidades de nuestro ser. Dioses de un minuto, ¿qué nos importan los martirios de la jornada, qué importa el desenlace negro si podemos contestar a la naturaleza:

—¡No me creaste un vaso!

Es preciso que el hombre se mire y se diga: Soy una herramienta. Traigamos a nuestra alma el sentimiento familiar del trabajo silencioso, y admiremos en ella la hermosura del mundo. Somos un medio, sí, pero el fin es grande. Somos chispas fugitivas de una prodigiosa hoguera. La majestad del Universo brilla sobre nosotros, y vuelve sagrado nuestro esfuerzo humilde. Por poco que seamos, lo seremos todo si nos entregamos por entero.

Hemos salido de las sombras para abrazarnos en la llama; hemos aparecido para distribuir nuestra sustancia y ennoblecer las cosas. Nuestra misión es sembrar los pedazos de nuestro cuerpo y de nuestra inteligencia; abrir nuestras entrañas para que nuestro genio y nuestra sangre circulen por la tierra. Existimos en cuanto nos damos; negarnos es desvanecernos ignominiosamente. Somos una promesa; el vehículo de

intenciones insondables. Vivimos por nuestros frutos; el único crimen es la esterilidad.

Nuestro esfuerzo se enlaza a los innumerables esfuerzos del espacio y del tiempo, y se identifica con el esfuerzo universal. Nuestro grito resuena por los ámbitos sin límite. Al movernos hacemos temblar a los astros.

Ni un átomo, ni una idea se pierde en la eternidad. Somos hermanos de las piedras de nuestra choza, de los árboles sensibles y de los insectos veloces. Somos hermanos hasta de los imbéciles y de los criminales, ensayos sin éxito, hijos fracasados de la madre común. Somos hermanos hasta de la fatalidad que nos aplasta. Al luchar y al vencer colaboramos en la obra enorme, y también colaboramos al ser vencidos. El dolor y el aniquilamiento son también útiles. Bajo la guerra interminable y feroz canta una inmensa armonía. Lentamente se prolongan nuestros nervios, uniéndonos a lo ignoto. Lentamente nuestra razón extiende sus leyes a regiones remotas. Lentamente la ciencia integra los fenómenos de una unidad superior, cuya intuición es esencialmente religiosa, porque no es la religión lo que la ciencia destruye, sino las religiones. Extraños pensamientos cruzan las mentes. Sobre la humanidad se cierne un sueño confuso y grandioso. El horizonte está cargado de tinieblas, y en nuestro corazón sonríe la aurora.

No comprendemos todavía. Solamente nos es concedido amar. Empujados por voluntades supremas, que en nosotros se levantan. Caemos hacia el enigma sin fondo. Escuchamos la voz sin palabras que sube en nuestra conciencia, y a tientas trabajamos y combatimos. Nuestro heroísmo está hecho de nuestra ignorancia. Estamos en marcha, no sabemos a dónde, y no queremos detenernos. El trágico aliento de lo irremediable, acaricia nuestras sienes sudorosas.

La Rosa.

La ancha rosa abierta empieza a deshojarse. Inclinada lánguidamente al borde del vaso, deshace con lento frenesí sus entrañas purísimas y uno a uno, en el largo silencio de la estancia, van cayendo sus pétalos temblando.

Aquella en quien se mezclaron los jugos tenebrosos de la tierra y el llanto cristalino del firmamento, yace aquí arrancada a su patria misteriosa, yace prisionera y moribunda, resplandeciente como un trofeo y bañada en los perfumes de su agonía.

Se muere, es decir, se desnuda. Van cayendo sus pétalos temblando; van cayendo las túnicas en torno de su alma invisible. Ni el sol mismo con tanto esplendor sucumbe.

En las cien alas de rosa que despacio se vuelcan y se abaten, palpita la niebla inaccesible de la luna, y el rubor del alba, y el incendio magnífico de la aurora boreal. Por las heridas de la flor sangra belleza.

Esta rosa, más bella, más aún al morir que al nacer, nos ofrece con su aparición discreta una suave enseñanza. Sólo ha vivido un día; un día le ha bastado para ocupar la más noble cumbre de las cosas. Nosotros, los privados de belleza, vivimos, ¡ay! largo tiempo. Nos conceden años y años para que nos busquemos a tientas y avancemos un paso.

Y confiemos siquiera en que la muerte nos dará un poco más de lo que nos dió la vida. ¿A qué prolongaría la belleza su visita a este mun-

do extraño? No podemos soportar el espectáculo de la belleza sino breves momentos.

Los seres bellos son los que nos hablan de nuestro destino. La flor se despide; me habla de lo que me importa porque es bella. Se va y no la he comprendido. Desnuda al fin, su alma se desvanece y huye.

El crepúsculo se entretiene en borrar las figuras y en añadir la soledad al silencio. Entre mis dedos cansados se desgarran los pétalos difuntos. Ya no son un trofeo resplandeciente, sino los despojos de un sueño inútil.

La Última Primavera.

Yo también, a los veinte años, creía tener recuerdos.

Esos recuerdos eran apacibles, llenos de una melancolía pulcra.

Los cuidaba y hacía revivir todos los días, del mismo modo que me rizaba el bigote y me perfumaba el cabello.

Todo me parecía suave, elegante. No concebía pasión que no fuera digna de un poema bien rimado. El amor era lo único que había en el universo; el porvenir, un horizonte bañado de aurora, y, para mirar mi exiguo pasado, no me tomaba la molestia de cambiar de prisma.

Yo también tenía—¡ya!—recuerdos.

* Mis recuerdos de hoy.....

¿Por qué no me escondí al sentirme fuerte y bueno? El mundo no me ha perdonado, no. Jamás sospeché que se pudiera hacer tanto daño, tan inútilmente, tan estúpidamente.

Cuando mi alma era una herida sola, y los hombres moscas cobardes que me chupaban la

sangre, empecé a comprender la vida y a admirar el mal.

Yo sé que huiré al confin de la tierra, buscando corazones sencillos y nobles, y que allí, como siempre, habrá una mano sin cuerpo que me apunale por la espalda.

¿Quién me dará una noche de paz, en que contemple sosegado las estrellas, como cuando era niño, y una almohada en qué reposar después mi frente tranquila, segura del sueño?

¿Para qué viajar, para qué trabajar, creer, amar? ¿Para qué mi juventud, lo poco que me queda de juventud, envenenada por mis hermanos?

¡Deseo a veces la vejez, la abdicación final, amputarme los nervios y no sentir más que la eterna, la horrible náusea!

Desde que soy desgraciado, amo a los desgraciados, a los caídos, a los pisados.

Hay flores marchitas, aplastadas por el lodo, que no por eso dejan de exhalar su perfume cándido.

Hay almas que no son más que bondad. Yo encontraré quien me quiera.

Si esas almas no existen, quiero morir sin saberlo.

En un rincón miserable, en una buhardilla, debajo de un puente, en el hueco de una peña, no sé dónde, ni en qué continente, me espera mi hermana.

Yo la encontraré. Y no la dejaré escapar, no. Y viviré mi última primavera.

La Obra que salva.

Casi siempre que el teléfono nos anuncia el fallecimiento de un hombre ilustre, se nos advierte que el condenado trabajó hasta el fin. Coque-

lín estudiaba el papel que le había confiado Rostand; Méndez escribía una comedia; Nogales, ciego de la enfermedad que le aquejaba, dictaba artículos a su hija. No cito sino desgracias recientes. Esos cadáveres, con la herramienta en la crispada mano, nos dan una lección.

Nos es permitido creer que el trabajo es indispensable a la escasa felicidad que puede encontrar en la vida. No el trabajo esclavo, el trabajo que repite, sino el trabajo libre, el trabajo que crea. El primero es una inútil tortura, y la mayor parte de nosotros estamos sujetos a su ignominia; el segundo es una emancipación gloriosa; y Dios, al contemplar de qué modo ha embellecido y ensanchado el universo, aquello que por castigo nos impuso, debe estar lleno de asombro. Deseemos que en el porvenir sean las máquinas las que se encarguen de ejecutar inhumanas labores, libertando la inteligencia del obrero servil, y haciéndole partícipe de la alegría máxima. Sin duda sería mezquino y vano pretender vivir sin dolor; nada tan despreciable como el ser que consiguiera mantenerse indiferente o satisfecho ante el espectáculo de las cosas. El dolor es un elemento normal en el mundo. No sufrir es un síntoma patológico. O los nervios se desorganizan, o el alma se pudre. Se trata de utilizar el sufrimiento, y sobre todo se utiliza lo que se ennoblece.

La vida es un drama misterioso. No lo comprendemos, pero conocemos bien los instantes en que la acción se vuelve decisiva y suprema, y sabemos, vendados los ojos, que, en cierta medida, de nosotros depende aumentar la hermosura del destino. ¿De qué manera? Siendo lo que somos, realizándonos, renovándonos en la obra. Nacemos con inmensos tesoros ocultos, y la verdadera desdicha es la de hundirnos en la sombra sin haberlos puesto en circulación, así como la

dicha verdadera consiste en la plenitud del organismo entregado por entero a lo que no es él. La solución egoísta es la peor, porque es insignificante. ¡Qué tristeza, llegar intactos y con los bolsillos repletos a la tumba! No defraudemos a lo desconocido. No desaparezcamos a medio consumir. Que la muerte nos sea natural.

En la lucha por afirmarnos y prolongar nuestro grito, disponemos de recursos muy superiores a los de otras especies. El animal vence al tiempo gracias al amor físico. Nosotros poseemos además la poderosa matriz del genio. Y convenzámonos de que todos, microscópicos o gigantes, tenemos el genio; todos traemos algo nuevo a la tierra. Hay que descubrirlo; hay que beneficiar el metal del espíritu, y trabajar es trabajarnos. El sexo asegura la carne de la próxima generación, y el genio prepara los materiales para el genio futuro. Sin el trabajo que edifica y conserva la cultura de hoy para el trabajo de mañana, la Humanidad estaría detenida en un perpetuo comienzo. Nuestra persona continuaría, por breve espacio y fragmentariamente, representada en nuestros hijos, que a veces son nuestra antítesis y a veces nuestra caricatura. Combatiríamos al azar, privados del monumento, de la estatua, del cuadro y del libro, naves sublimes con que cruzamos el océano de los siglos.

Es por la obra que nos ponemos en contacto con la enorme esfinge. No es seguramente como espectadores que descifraremos el enigma de la realidad, sino como actores. El trabajo hace la autopsia. No extrañemos la calma con que los héroes del arte y de la ciencia aguardan el término necesario de sus tareas. Para ellos, para su sensibilidad maravillosa, la vida es un viaje divino y resplandeciente: mueren fatigados y encantados; así se duermen los niños en la mesa,

sobre sus cuentos de hadas, cuando viene la noche. El mayor problema filosófico es reconciliarnos con la muerte, y quizá lo resolvamos mediante la obra. De la adoración a la obra propia nos elevamos al culto de la obra colectiva. Pensaremos en lo pobre, en lo ruin que sería, a la larga, una sociedad de inmortales, aunque estuviese compuesta de Newtons, Homeros y Césares. Pronto agotaría sus recursos; pronto giraría, estéril, en la presión de la forma única, y reclamaría, desesperada, una salida hacia la negra inmensidad. Entenderemos que la muerte es la gran renovadora: que no es ella quien nos destruye, sino quien nos engendra; y acogiendo maternalmente los trabajos de las venideras centurias, no sólo diremos, como el poeta a su poesía: «Ya puedo yo morir, puesto que tú vives»; diremos también: «¡Muramos contentos, para que vivas tú, oh poesía universal!»

La Regla.

De niño me inculcaron con seriedad que se debe decir *la casa* y no *el casa*, *yo como* y no *yo comes*. Se obstinaron igualmente en asegurarme que *tarde* es un adverbio, y *sobre* una preposición. Cuando había aprendido bien una regla me descubrían que no era tal regla, que había numerosas excepciones, las cuales a su vez tenían excepciones. Al fin me libraron del colegio y me dí prisa en olvidar cuanto en él había sucedido. Con asombro noté que no me hacía falta saber gramática para hablar en castellano.

Asombroso me pareció también que personas que no conocen la anatomía ni la fisiología del estómago digieran durante largos años imperturbablemente. Cuando me hube habituado a estos hechos, sospeché que las reglas no tienen

El Poeta.—Algunos no son infames.

El Alma.—Conozco la honradez, según se llama a la cobardía de los que no se atreven a ejecutar lo que piensan. Conozco el amor, mueca obscena con que perpetuamos nuestra carne envilecida.

El Poeta.—¡Amanece, alma mía! La ola divina se esparce por la naturaleza. La aurora es tan radiante y tan pura como sino hubiera hombres. Empapa tu pena en la sagrada paz de la mañana. Deja acercarse las graciosas visiones que la bruma cuaja en el seno de los valles para desvanecer después en el azul infinito del cielo. Entrégate a la inmortal belleza de las cosas.

El Alma.—El hombre ha asesinado la belleza. Mis fuerzas se acabaron. Quiero caer al hueco sin fondo del olvido.

El Poeta.—Sobre la mentira de los falsos hermanos, sobre la estupidez colosal de los pueblos y sobre la frívola perfidia de las mujeres está el misterio. Alma mía, hija del misterio: desgárrate a tí misma para encontrar la verdad, y deja tus girones fecundos en las zarzas de la senda. El alba resplandece, todo se agita y cruje, llora y canta. Es la hora de la lucha.

El Alma.—¡Qué importa!

.....
El Poeta.—¡Calla!... Vienen...

El Alma.—Pasos... Son los pasos de Judas.

El Poeta.—¡Oh alma! ¿Morirás de rodillas?

El Alma.—Poeta, tienes razón. Vamos.

La Risa.

Se nos fue la risa de los niños, la risa de los dioses; ya no se desborda nuestra alma y nos tortura la sed.

La música de la risa se cambió en hipo; se cambió en mueca la onda que resplandecía sobre los rostros nuevos.

La risa ahonda nuestras arrugas, y revela mejor nuestra decrepitud.

La risa noble se volvió alevosa. El signo de la alegría plena se convirtió en signo de dolor. Si oís reír, es que alguien sufre.

Hemos hecho de la risa una daga, un tósigo, un cadalso. Se mata y se muere por el ridículo.

Nuestro patrimonio común parece tan ruin, que el poder consiste en la miseria ajena, y la dicha en la ajena desventura. Nos repartimos aviesamente la vida, y nos reconforta la agonía del prójimo.

Náufragos hambrientos, apiñados sobre una tabla en medio del mar, nos alivia el cadáver amigo que viene a refrescar las provisiones. Entonces reímos enseñando los dientes.

¿Dónde están las carcajadas que no rechinan y rugen y gimen, las que no hacen daño?

Es cómico perder el equilibrio, caer y chocar contra la realidad exterior, que, cómplice de los fuertes, siempre se burla.

Por eso el justo es risible: ignora la realidad ya que ignora el mal. Por eso no es digna de risa a doblez, sino la confianza; no la crueldad, sino la blandura de corazón.

Un loco malvado no será nunca tan grotesco coma un loco generoso. ¿Quién lavará el celeste semblante de Don Quijote, escupido por las risotadas de los hombres?

También los hombres se rieron de Jesús, y le escupieron.

Aunque no sea más que en efigie, el público necesita risa, necesita sangre. La risa es casi todo el teatro.

Y siendo el dolor de cada uno el dolor de los demás, manifestado fuera de ellos, la risa univer-

sal es un quejido. Escuchadla bien, y descubri-
réis en ella los espasmos del sollozo.

No hay mayor amargura que reírse de sí mis-
mo, y esto es a lo que cualquier risa se reduce.
La risa llora y maldice. Es la convulsión del ani-
mal enfermo, el aullido de pavor ante el desastre.

Es la rebelión contra la fatalidad de haber
nacido; así la risa, ensuciando la fuente del amor,
ha inventado la obscenidad y ha degradado
nuestros cuerpos, ha deshonorado el deseo y ha
hecho de la reproducción un espectáculo bufo.

Y es preciso reír, hasta la muerte y hasta la
muerte. Mal necesario, al realizarse desaparece.

Riamos para limpiar de nuestro espíritu el
júbilo salvaje, y para marchar serenos hacia
nuestras víctimas.



ÍNDICE

| | PÁGINA |
|---------------------------------|--------|
| Prólogo..... | 3 |
| Guyau juzgado por Hoffding..... | 4 |

PRIMERA PARTE

| | |
|-----------------------------------|----|
| Un Sueño..... | 8 |
| La Loca del Traje Nupcial..... | 9 |
| La Pirámide del Bien..... | 10 |
| El Océano..... | 11 |
| El Caso de Musset..... | 14 |
| La Moneda de Cinco Céntimos..... | 15 |
| Los Cuadros de Lorrain..... | 16 |
| Mausoleos Vacíos..... | 17 |
| Ley del Binomio..... | 17 |
| Las Hojas de Pita..... | 18 |
| En una Calera..... | 19 |
| En la Plaza de los Inválidos..... | 20 |
| Siniente de Sangre..... | 21 |
| El Arbol Gigante de la India..... | 22 |
| La Mariposa Entumecida..... | 23 |
| Leviatán..... | 23 |

SEGUNDA PARTE

| | |
|--|----|
| Dormidos y en Marcha..... | 25 |
| El Arbol..... | 26 |
| La Pequeña Campesina..... | 26 |
| El Canto del Mirlo..... | 28 |
| El Brahmán y el Microscopio..... | 29 |
| Las Anteojeras..... | 30 |
| Costumbre Rusa..... | 31 |
| El Cojín de la Bella Durmiente del Bosque..... | 31 |
| Templos de la Verdad..... | 32 |
| Amor al Campanario..... | 33 |
| Parcelas baldías dentro del Corazón..... | 34 |
| La Varita de las Hadas..... | 35 |
| Los Rezos de la Abuela..... | 36 |
| Cielo de Alma..... | 37 |
| La Mejor Oración..... | 37 |
| La Muerte de los Astros..... | 38 |
| Epoocas de Barbecho..... | 39 |
| Un Episodio de Levingstone..... | 40 |
| La Mosca..... | 41 |
| Leyenda Japonesa..... | 41 |
| El Hijo de la Selva..... | 42 |
| En los Circos de Roma..... | 43 |
| Colmenas de Cristal..... | 44 |
| En las Viejas Catedrales..... | 45 |
| El Nido..... | 45 |